



# QUERO ESTAR

*contigo*



**LIBRO 1**

**NORAH CARTER  
MONIKA HOFF  
PATRICK NORTON**

# QUIERO ESTAR CONTIGO

Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Título: Quiero estar contigo

© 2016 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Noviembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

## Capítulo 1

Cansada. Estaba muy cansada. Mi vida empezaba a ir a la deriva sin ningún rumbo. ¿Cómo me podía pasar todo esto a mí? ¿Por qué había llegado a este punto? Veía que no era capaz de pensar en frío.

Había perdido mi actual puesto de trabajo en una inmobiliaria debido a la crisis que estaba sufriendo el país y sobre todo en ese sector. Todo el mundo se quejaba de la corrupción,

todo el mundo se lamentaba de los índices de paro y yo no me daba cuenta de que, en cualquier momento, yo podía ser otra víctima.

Y así fue. Y, para colmo de males, mi pareja de años me había sido infiel con su compañera de trabajo y se había marchado de mi piso para emprender una vida con ella. ¿Qué más me podía pasar? Sentía que era una auténtica desgraciada.

La mala suerte se había cebado conmigo. No podía creerme nada de lo que me estaba pasando.

No era capaz de levantarme de la cama ese día. Solo quería llorar y que la tierra me tragase. Miré el móvil y tenía un WhatsApp de mi hermana Katy.

***“El sábado te recuerdo que es mi cumpleaños, nos vemos en mi casa. He preparado una gran fiesta y espero que estés mejor.”***

¡Para fiestas estaba yo! Pero evidentemente no podía fallarle. Siempre estaba ahí para lo bueno y para lo malo. Ella y mi otro hermano, Sebas, eran lo más importante de mi vida junto a mi padre.

Mi madre murió cuando yo apenas tenía cinco años. De esto hacía ya 25 años, mi padre luchó contra viento y marea para sacarnos adelante sin dejarnos a disposición de nadie.

No es fácil vivir sin madre, sentir esa ausencia según pasan los años y compruebas que tus amigas tienen el afecto y la ayuda de esa madre que yo no tenía, esa madre con la que poder contar cuando te encuentras con graves problemas que resolver, esa madre a la que confesar un problema sentimental, por ejemplo.

Mi padre había hecho todo lo que podía hacer. No podía esperar más de aquel hombre quien había emprendido una lucha particular contra la soledad, pues mi madre para él era lo más importante de su vida, incluso más que sus hijos. Mi padre no tuvo tiempo para caer en una depresión. Estábamos todos nosotros y debía sacarnos adelante con su trabajo y así hizo.

Me levanté de la cama y decidí aprovechar el día para ir a despejarme y comprarle el regalo de cumpleaños a mi hermana. Katy era la mayor de los tres hermanos y cumplía 35, luego le seguía mi hermano Sebas, que tenía 32, y luego estaba yo que había acabado de cumplir 30.

Mientras me tomaba un café, recibí otro mensaje de mi hermana.

***“Espero que no estés en la cama llorando las penas por ese estúpido. Disfruta del tiempo que te queda de desempleo mientras encuentras un trabajo. Ánimo, te queremos.”***

Agradecía siempre ese tipo de mensajes porque demostraba, por ejemplo, que mi hermana estaba preocupada y que quería lo mejor para mí. Ella había sido esa madre que yo nunca tuve y, sobre sus hombros, siempre tuvo una responsabilidad demasiado grande para su edad.

Una hija, por muy madura y responsable que sea, no puede asumir el rol de madre. Y ella, como mi padre, lo había hecho como mejor pudo. Aquel mensaje que me había enviado, mientras desayunaba, confirmaba una cosa buena: después de haber trabajado más de diez años en esa oficina, ahora podía contar con dos años de paro para subsistir mientras encontraba otro trabajo. Pero no podía conformarme con el paro.

No era una mujer conformista. Había aprendido de mi padre a ser una mujer luchadora. Aún recuerdo alguna de nuestras conversaciones en mi cuarto cuando venía a taparme por las noches y a preguntarme cómo había ido el día en el instituto.

— No sabes lo orgulloso que estoy de ti — me decía con un tono amable y tierno.

— Papá, yo sí que estoy orgullosa de ti. Haces mucho por todos nosotros. No sé cómo puedes con todo.

— Puedo con todo porque me importáis, me importáis mucho.

— Lo sé. Pero, ¿de dónde sacas las fuerzas?

— Os miro cómo crecéis. Os veo reír. Os veo felices y eso me empuja a seguir adelante — decía con lágrimas en los ojos.

— Eres un padre fantástico, el mejor padre que podía tener — decía yo abrazándolo con fuerza.

— No soy un gran padre. Cualquiera haría lo mismo que yo en mi lugar — decía con humildad.

— No es cierto. Hay pocos padres como tú. Algunas amigas me cuentan que sus padres se han divorciado y lo dicen con mucha tristeza.

— Es inevitable. A veces eso es inevitable, Nora.

— Tú nunca te habrías divorciado de mamá, ¿verdad?

— No. Nunca. Tenlo por seguro. Lo que sé es que el coraje y el amor deben ir de la mano. Lo aprendí de tu abuelo — aquellas palabras sabias me llenaban de alegría y las repetía con mucha frecuencia.

Me quería poner las pilas rápidamente ya que el hecho de estar parada me hacía era sentir peor y yo necesitaba sentirme realizada y sobre todo ocupar el mayor tiempo posible con alguna responsabilidad. De otra manera, iba a empezar a volverme loca.

Terminé el café y me fui directa a la calle. Necesitaba perderme por Cádiz. La excusa perfecta ya la había encontrado y no era otra que buscar el regalo para mi hermana.

Entré a una tienda que le gustaba mucho a Katy y salí de allí comprándole un pijama muy cuqui y unas zapatillas a juego. Le gustarían mucho. A ella le encantaba que le regalaran ropa y toda clase de complementos. Luego me fui a la Plaza de Mina y me senté a tomar un café. Hacía una mañana preciosa. El sol, con su luz amarilla, dominaba todo y la temperatura en el ambiente era agradable.

Respiré hondo y quise no pensar en nada, dejar la mente en blanco. Pero fue imposible porque, unos minutos después de sentarme, escuché una voz que decía:

— Hola, Nora, ¡qué de tiempo!

Levanté la mirada ya que esa voz me era familiar.

— ¡Hola, Víctor! — dije mientras me levantaba para darle un abrazo.

— ¿Cómo estás, aparte de guapísima? — sonrió mirándome de arriba abajo.

— Siéntate, te invito a un café — dije yo con entusiasmo, pues tenía ganas de hablar con él

— Claro, qué alegría me ha dado volverte a ver después de tantos años —dijo.

— Y a mí. En más de una ocasión me he acordado de ti viendo fotos del instituto

— ¡Qué tiempos! ¿Qué es de tu vida, Nora? — preguntó con una preciosa sonrisa.

— Un desastre... me acaba de dejar colgada mi pareja por otra chica y ahora encima me he quedado sin empleo — respondí con tristeza.

— Vaya... lo siento, seguro que encuentras las dos cosas rápidamente, vales millones. No sé cómo te ha podido hacer alguien algo así. No lo entiendo.

— Bueno, prefiero encontrar antes trabajo que pareja, de los hombres ya ni me fío. He salido más que escarmentada. Qué idiota he sido. Te lo digo sinceramente — dije yo con seriedad.

— Haces bien. El mundo está al revés. Te repito. No sé cómo alguien te ha podido hacer algo así. No sé en qué piensan algunos tíos, la verdad — dijo sin dejar de borrar su sonrisa de la cara.

— Bueno... ¿Y tú? ¿Qué tal?

— Yo soy militar. Me casé hace seis años. Por ahora nos va muy bien y el tema de hijos como que no entra en nuestros planes. Llevo una vida muy sencilla y tranquila. Vivo en San Fernando. Vine a Cádiz a recoger de esa librería un libro que tenía encargado. Es el cumpleaños de mi sobrino y yo había encargado un tomo de superhéroes, una edición especial de Marvel.

— Yo también he salido para comprar un regalo a mi hermana, ya que el sábado también cumple años.

— ¿Y hoy no trabajas?

— ¡Qué va! , me operaron hace dos meses de un ligamento y aún estoy de baja, liado con la rehabilitación — contestó haciendo una mueca de dolor.

— Vaya...

— No pasa nada. Por fin, he dejado de lado las muletas y en breve estaré al cien por

cien.

— Pues yo te veo perfecto. No te notado nada de nada.

— No es oro todo lo que reluce — dijo con ironía.

— En serio, te veo fantástico.

— Eso es que me miras con muy buenos ojos — dijo guiñando uno de los suyos.

— Pues claro, siempre has sido un amor de hombre, de lo mejorcito que he conocido. Una pena que no cayera en la cuenta de lo que se me escapaba — dije riendo y mirándolo fijamente a los ojos.

— Tú también, preciosa, eres un amor de mujer. El destino quiso que nuestras vidas no se cruzaran. Pero ahora estamos aquí después de muchos años. Por cierto, dame tu teléfono para cuando venga a Cádiz y, si estás por aquí, te doy un toque — dijo con cierto atrevimiento que a mí me gustó.

— Claro, apunta.

Nos intercambiamos los teléfonos y estuvimos charlando una hora. Pedimos unos martinis que nos sirvieron enseguida con unas sombrillitas de papel. La luz del sol brillaba en sus ojos y la conversación estaba siendo relajada y amena. Me lo estaba pasando muy bien.

— ¿Te acuerdas de Rodrigo? — pregunté yo con intención de sorprenderlo.

— Claro que me acuerdo. Tenía mucho carácter. Hace tiempo que no lo veo. Me dejo su número de teléfono porque coincidimos en un partido de fútbol. Tengo que llamarlo.

— No, llamarlo, no.

— No te entiendo — dijo extrañado.

— Tendrás que llamarla. Llamarla — dije yo esbozando una leve sonrisa.

— Pero, ¿qué me estás contando?

— Lo que oyes — dije con claridad buscando la sorpresa en él.

— Pero, ¿ahora es una mujer?

— Sí, lo es. Se operó hace unos meses.

— No me lo puedo creer. Siempre lo vi como un tío, como un hombretón. No me lo puedo creer.

— Pues, la última vez que lo vi Rodrigo era Luisa y me contó todo. Y era una mujer preciosa — dije sorbiendo de mi martini.

— Me has dejado de piedra. No voy a preguntarte por nadie más. Porque me da miedo.

— Te he gastado una broma, bobo.

— Serás cabrona — dijo sin dejar de reír, tirándome la sombrillita de papel a la cara.

Estaba súper a gusto con él. Víctor era de esos hombres con los que daba gloria hablar. Te transmitía una pasión, un amor, impresionantes. Mala suerte la mía de que estaba casado. Estuvimos comentando lo que había sido de muchos de nuestros compañeros de clase.

Divorcios, hijos, bodas y antiguos amores fueron algunos de los temas de conversación aquella sobremesa. Víctor era un hombre guapo, pero sobre todo era un hombre maduro y cuya percepción del mundo me estaba fascinando. Era de esos hombres que tiene los pies en el suelo. Era realista con la vida.

No era de esos hombres que se piensan que son únicos en el mundo, de esos que solo saben hablar de ellos mismos. Siempre odié a ese tipo de tíos. Algunas citas que tuve

tiempo atrás fueron con esa clase de gilipollas y, al final de la noche, ni los escuchaba. Me dedicaba a mirar el móvil mientras ellos seguían hablando de lo que tenían, del negocio que iban a montar, de lo atractivos que eran ya que las mujeres los llamaban continuamente.

Víctor no parecía pertenecer a esa clase de idiotas. Acabamos los martinis y nos despedimos con un beso en la mejilla, pero noté que no fue un beso corriente. Sus labios se detuvieron durante unos segundos sobre mi piel. Sentí su respiración y me excitó durante un instante.

Al separarse, vi en sus ojos un brillo inusual, de emoción y de satisfacción, como si hubiese encontrado un placer sincero al acariciarme con sus labios en mi rostro.

Aquel encuentro dejó algo en mí, como una semilla, como una esencia, pero no debía ilusionarme con aquel encuentro porque era un hombre casado. El hecho de ver a Víctor me alegró por un lado, pero, por otro lado, la tristeza y la nostalgia dominaron mi corazón.

Mi vida era un desastre. Aquel hombre estaba casado y yo no tenía a nadie a mi lado como Víctor. Sin trabajo, sin pareja, sin futuro, era normal que me sintiera frustrada, como una perdedora.

Cogí mi bolsa y me marché a casa. Ya no tenía ganas de ver a nadie ni me apetecía hacer nada el resto del día. Me sentía vacía. Triste. Y sentía además que el tiempo se me escapaba entre las manos.

No había tenido esa sensación antes y era asfixiante pensar que los días se me iban sin poder hacer nada por llenarlos. Víctor era el futuro, la ilusión, el amor conseguido, la solidez de una pareja y yo no era nada. Nada. Pasé la tarde en casa viendo documentales en inglés para no perder oído. No me manejaba mal en aquel idioma que, hasta hacía poco, había sido indispensable en mi trabajo. Luego preparé algo de cena y seguí viendo la tele.

Nada espacial. Una comedia estúpida que cambié enseguida por un debate político, un debate que me recordaba lo jodida que estaba España. El paro había aumentado y yo formaba parte de esas tristes cifras que nombraban una y otra vez. Sin pensármelo dos veces, me preparé un martini y brindé por Víctor delante del televisor y entonces mi móvil sonó. Era un mensaje de él.

***“Buenas noches, princesa. Me ha encantado verte de nuevo. Tenemos que repetirlo.”***

Me quedé sin palabras. No sabía cómo reaccionar, pero escribí inmediatamente. La prudencia era lo que exigía ese momento. Debía dejar al lado cualquier tipo de ilusión, porque era un hombre casado.

***“Buenas noches, Víctor.”***

Esas fueron mis palabras. Pero sentí que aquello no era casual, sino que nuestro encuentro formaba parte de ese destino que había querido que nos cruzásemos.

Me acosté y lo recordé, su rostro, su simpatía, su sonrisa y esos ojos que brillaban cada vez que yo abría la boca para hablar.

En la cama volví a leer su mensaje y dejé luego el móvil sobre la mesita. Cerré los ojos y, antes de dormir, pronuncié su nombre.

## Capítulo 2

Hasta el día del cumpleaños de mi hermana me lo pasé como un alma en pena por la casa. Estaba hundida y no me duele decirlo. ¿Por qué iba a mentirme a mí misma.

De la cama al sofá y del sofá a la cama. Me ponía vídeos en inglés, pero no estaba atenta a ellos. Pensaba en Víctor, en su mensaje de “buenas noches”. Aquella acción me tenía intrigada.

Si estaba feliz con su mujer, ¿por qué había hecho algo así? ¿Por qué me había llamado “princesa”? No lo entendía. Tampoco quería comerme la cabeza. No me convenía en aquel momento donde mi frustración había llegado a límites insostenibles.

¿Qué pensaría Víctor si me hubiera visto en esa situación? Me habría sacado de casa de los pelos. Pero yo no tenía ganas de nada, apenas comía, los cafés eran lo único que me mantenían en pie.

Así que el sábado, muerta de hambre y con un enfado de mil narices al ver las ojeras que tenía y mi pelo hecho un desastre, me di un largo baño, me arreglé y me preparé un desayuno que ni un combatiente de sumo podría llegar a comerse. Me estaba poniendo como una cerda, pero me daba exactamente lo mismo.

Estaba claro que había pasado por un duelo, un poco idiota, sí, pero realmente me había afectado demasiado. No sabía si ya era por el imbécil que me había engañado, por la pérdida de mi empleo o qué... Se me juntó todo, absolutamente todo. Otras en mi lugar estarían mucho peor que yo. Me acuerdo de una compañera de trabajo, Rocío, cuyo novio, después de cinco años de noviazgo, después de haberse comprado un piso y de haber pedido una hipoteca, después de que ella le hubiera regalado un coche a él, la dejó. No me puedo olvidar de aquella imagen. Era una mujer destruida por el egoísmo y la traición. Una de nuestras últimas conversaciones estuvo cargada de dolor y de rabia.

— ¿No sabes lo que me ha hecho, Nora?

— Sí. Me he enterado por otras personas. Estas noticias corren como la pólvora. Sabes que aquí me tienes para lo que necesites — dije yo con el alma encogida.

— Lo sé. Todo el mundo me dice lo mismo. Me ha dejado tirada. Me ha hundido en la miseria. Es humillante.

— No puedo imaginarme por lo que estás pasando. Ha sido un gran hijo de puta.

— ¿Qué razones tengo yo ahora para levantarme por la mañana? ¿Para quién me voy a maquillar ahora? — aquellas preguntas, donde se mezclaba la ira con la tristeza, me dejaban sobrecogida.

— No pienses. Debes asumirlo. Habla conmigo cada vez que lo necesites.

Cuando me despidieron, dejé de saber de aquella chica. ¿Qué fácil era estar en el otro lado? Ahora yo estaba pasando por lo mismo. Menos mal que yo no había pedido una hipoteca ni tenía fecha para la boda. De todas maneras, lo mío era también una cabronada. Y ahora que miraba por la ventana hacia el parque, pensaba en Luis. ¿Cómo había sido capaz de joderme de esa manera?

La cuestión era que me sentía nada. Era un ser inservible y con el futuro más negro que el carbón.

Me reñí mentalmente, pues yo no era ese tipo de personas negativas. Era una luchadora como lo era mi padre y no podía estar arrastrándome por los suelos. Había perdido a un capullo que no me merecía como pareja y un trabajo, tampoco era nada del otro mundo, ¿no? Tíos había a patadas y trabajo...

Suspiré, volvía a sentirme desgraciada. Pero, en ese instante, recordé los consejos de mi padre y yo sabía que no merecía la pena seguir atormentándome. El parque se estaba llenando de niños y de parejas. Qué afortunadas eran. No hace mucho tiempo Luis y yo éramos una de ellas que paseaban por las calles y los parques, besándonos, hablando de nuestras cosas.

Terminé de desayunar, cogí el regalo de mi hermana y me fui de casa. Almorzaría fuera y echaría un rato en el centro comercial antes de ir a la celebración de su cumpleaños. Necesitaba que me diera el sol y perderme entre la gente. Y no había nada mejor que caminar un rato hasta llegar a un centro comercial que, por suerte, no estaba lejos de casa. Y sucedió algo imprevisto. Entré a MANGO y me encontré con Rocío. No podía creerlo. Lo que es el azar. Estaba cambiada. Sus ojos brillaban y, enseguida que me vio, esbozó una sonrisa llena de luz y alegría. Estaba guapísima, incluso la vi más delgada.

— ¿Cuánto tiempo, Nora?

— Es verdad. No te he reconocido. ¡Qué cambio! ¿No?

— Sí. Estoy muy contenta. Han pasado cosas en mi vida — dijo entusiasmada.

— A mí también me han pasado cosas, Rocío — dije yo, intentando no dar demasiadas explicaciones.

— Tengo que contarte lo que me ha pasado, Nora. Tomemos un café ya — dijo agarrándome del brazo y sacándome de la tienda.

Fuimos a una pequeña terraza de la primera planta del centro comercial y me dijo que había conocido a alguien que la estaba haciendo sentir como una princesa.

— Se llama Richard y está buenísimo, Nora.

— Pero, ¿cómo ha sido? — pregunté intrigada.

— En un concierto de El Barrio. Unas amigas me lo presentaron. Es inglés. Apenas sabe español.

— Me imagino que tú le estás enseñando — dije con ironía.

— No lo dudes. Empezamos a salir y ahora mismo estamos juntos.

— ¿Viviendo? — pregunté con envidia sana.

— Sí. En un piso de alquiler. No muy lejos de aquí. ¡Las vueltas que da la vida! Estaba hecha mierda tras mi ruptura con aquel cabrón y ha aparecido Richard. Ha sucedido todo tan rápido, tan de repente — dijo con una ilusión entrañable.

— No sabes cuánto me alegro. Rocío, disfruta el momento.

— Eso es lo que estoy haciendo. Nada de compromisos. Vivo el día a día, ¿sabes? ¿Y tú? ¿Qué tal?

Tras esa pregunta, rompí a llorar y le conté todo lo que había pasado con Luis y cómo me sentía. Ahora yo era Rocío. Boquiabierta, sin saber muy bien qué decir, la pobre muchacha me abrazó y yo lo agradecí. Ella había rehecho su vida y ahí estaba yo, una solterona perdedora, a la que la suerte había dado de lado.

— No te preocupes. Verás como encuentras a alguien— dijo con voz temblorosa, intentando animarme.

— Rocío, te lo agradezco. Pero si te soy sincera, tengo poca fe en que vayan a mejorar las cosas.

— Date un tiempo, joder — dijo ella con voz enérgica.

— Te voy a dar mi número de teléfono por si quieres hablar algún día, ¿vale?

Me solté de sus brazos. Intercambiamos nuestros números y nos despedimos. Vi la alegría de Rocío en su forma de caminar cuando se alejaba de la cafetería y allí me quedaba yo, mustia y triste. Pero quizá mi suerte cambiara como había cambiado la de aquella muchacha a la que su novio había dejado tirada como una colilla hacía unos meses.

Seguí paseando y, cuando me di cuenta, era la hora de plantarme en casa de Katy. Estarían esperando a que les contara novedades en mi vida, pero no había nada que contar, porque mi encuentro casual con Víctor no había sido nada y no iba a convertirlo en una fantasía. Ni siquiera aquel mensaje, antes de dormir, podía ser el motivo de algún cotilleo.

Cuando llegué, ya estaban todos allí, al menos los de siempre. Me dieron ganas de dar media vuelta y salir corriendo como alma que se lleva el diablo, pero cogí aire y me puse la mejor sonrisa que pude en los labios.

— Vaya sonrisa más falsa — saludó mi hermana.

— Felicidades — le dije manteniendo mi sonrisa e ignorando el comentario. Si es que tenía que haberme ido... No lo hice porque no se lo merecía, no por falta de ganas.

— No me gusta nada verte así — me riñó después de abrazarme.

— ¿Así, cómo? Estoy bien.

— No, no lo estás, los tres kilos de maquillaje no van a tapar las ojeras que me traes. ¿Sigues llorando por ese idiota?

— No — mentí. O tal vez no era mentira porque ni yo sabía por qué lloraba ya.

Katy me miró incrédula y yo puse los ojos en blanco. Lo malo de mi hermana era que no podía ocultarle nada.

— ¡Aquí está mi hija pequeña favorita!

Miré a mi padre y le di un gran abrazo. Él sí que no cambiaba, tan cariñoso como siempre.

— Estás tan guapa como siempre — se puso a darme besos con mi cara agarrada entre sus manos.

— Papá — me quejé pero me encantaba que siempre lo hiciera, aunque yo tenía que protestar sí o sí.

— ¿Cómo estás? — preguntó.

— Bien — dije.

— Como una mierda, ¿no la ves? — dijo mi hermana a la vez.

— Es tu cumpleaños, ¿no tienes invitados a los que atender? — le pregunté mientras la miraba con todo el odio del mundo, que era ninguno para con ella, pero intentaba que se me notara la mala hostia que me estaba entrando por cuerpo.

— Buah, ellos ya se conocen la casa. Eres tú la que tienes que ponerte a saludarlos, porque todos preguntan por ti — dijo con satisfacción en su voz.

— ¿Todos lo saben? — pregunté gimiendo.

Pregunta estúpida, mi hermana era una maruja de primera, ya lo sabría hasta la familia que teníamos en Alaska.

— Absolutamente todos — afirmó mi padre con la cabeza.

— Mierda... — dije — No quiero hablar del tema y te digo más — señalé a mi hermana con el dedo —, como alguien me miré con pena, cojo y me voy.

Media hora después estaba en la esquina del salón, con un martini en las manos, resoplando y queriendo matar a todas las amigas de mi hermana. Mirarme con pena era poco, parecía que me había pasado la gran desgracia. Todo porque un tío, mi novio, el hombre en quien más confiaba, me había engañado. ¿Por qué estaba en el paro? ¿Ya por eso era un ser inservible, desgraciado, digno de lástima?

Me tomé el martini de un tirón. Vale, eso me lo decía a mí misma pero yo podía decirme lo que quisiera. Ellas no tenían que tenerme lástima, la vida seguía.

Y yo era fuerte, lo conseguiría y...

— Toma otro.

Miré a mi lado y sonreí ampliamente al escuchar su voz.

— Dios, eres el hombre más guapo del mundo — le dije a Sebas, besándolo y abrazándolo.

— Y tú la más pelota — rio —. Cuidado con la copa — siguió sonriendo cuando lo solté.

— ¿Qué haces aquí? — pregunté cogiendo el martini, me lo preparó como él sabía que me gustaba.

Mi hermano era un amor, el mejor hombre del mundo, todavía seguía soltero, era un picaflor. Todos estábamos deseando que sentase cabeza pero no había manera.

Siempre conseguía evitar ese tipo de reuniones familiares, sobre todo porque el único

interés de nuestra hermana mayor metomentodo era conseguirle novia entre las locas de sus amigas fracasadas sentimentales.

— Al final me han liado — suspiró, como agotada, y ya me imaginé que lo habían presionado hasta la saciedad —. Llevo cinco minutos aquí y ya me quiero largar.

— Ya somos dos — ambos miramos alrededor, pensando en lo mismo.

— ¿Nos inventamos algo? — preguntó esperanzado.

— Lo que sea — reí.

— OK, nada más que sople las velas estamos fuera de aquí.

No tardó mucho. Sopló las velas unos minutos después. No nos comimos ni la tarta. Mi hermano se inventó una de sus movidas con una ex novia y me arrastró con él ante el estupor de mi hermana mayor, que no se lo había creído.

Estuvimos en un bar cercano tomando unas copas juntos. Me encantaba estar con él, era una de las personas que más me divertía. Le conté todo lo que me había pasado de nuevo, aunque él ya lo sabía y me desahogué con él.

Tras darme “una patada en el culo”, como él decía y de levantarme el ánimo, me dejó en casa. Ya iba diferente, mi hermano tenía razón, no podía venirme abajo y dejar de luchar, yo no era como eso.

Me puse cómoda y pedí algo de comida a domicilio. Estaba cenando y viendo una película cuando sonó mi móvil.

Al principio no quise ni mirarlo, si era mi hermana para contarme cómo había salido el cumpleaños o, peor aún, para volver a saber cómo estaba yo, iba a mandarla bien lejos.

Refunfuñando miré el mensaje, suspiré cuando vi que era de Víctor.

***“Hola, preciosa, espero que estés mejor. Vuelvo a decirte que me encantó verte y que ojalá nos veamos pronto. Nunca dejes de sonreír.”***

Desde luego, lo mío no era normal, un mensaje así y yo ya me imaginaba teniendo una relación con ese hombre. Normal, lo que se decía normal de la cabeza, yo no estaba.

¡Que está casado!, me regañé.

De todas formas le contesté sin pensar en nada.

***“También me encantó verte y espero repetirlo, solo tienes que llamarme. Un beso.”***

Mierda, eso sonaba desesperado, a ven aquí y viólame o algo así. Ya la había cagado, joder. “Que estaba casado, que tenía una esposa, que me iba a meter en un problema, que mi padre y mi familia me iban a matar como se enterasen. Que aquello no era normal. ¿Qué hace Víctor mandándome estos mensajes como si estuviéramos todavía en el instituto?”, todas esas frases me venían a la cabeza. Estaba jodidamente asustada, pero me estaba encantando el juego que se traía y no podía evitar la alegría que mi cuerpo estaba experimentando cada vez que leía aquel mensaje. “¿Seré gilipollas? Que no estás en el instituto. Que no eres la prota de Sensación de vivir. ¿Para qué contestas?”, volvía a reñirme una voz en el interior de mi cabeza.

Me reí a carcajadas solo imaginando la escena. Estaba fatal...

Pero bueno, no me había venido mal, al menos volvía a reír con algo más de ganas.

Me acosté decidida a dejar la melancolía a un lado, tenía muchas cosas que cambiar en mi vida.

## Capítulo 3

Comencé la semana siguiente mucho más animada, al menos con ganas de seguir adelante. No podía estar por los suelos por un idiota que me trató como lo peor y por haberme quedado sin trabajo.

Conseguiría otro y mejor, no me cabía duda, por ganas no iba a ser. Aquel mensaje de Víctor, además, me había dejado confusa.

Por si faltaba poco, un hombre casado estaba tirándome los tejos. O no. Seguramente solo trataba de ser amable conmigo. Me acordé varias veces de Rocío.

Qué envidia me daba. Joder, con lo mal que había visto yo a la chavala. Con lo hundida y triste que llegaba a la oficina y ahora había resurgido de sus propias cenizas. Si a Rocío le había sucedido algo tan maravilloso, ¿por qué a mí no me iba a pasar?

Pasé los días siguientes pateándome la ciudad y entregando currículums y en casa pasaba las horas sin que me diera cuenta, mirando ofertas de empleo en la web y mandando la información que me pedían.

A veces me ponía los malditos documentales en inglés para distraerme, pero aquello era una tortura china. O me quedaba dormida o me daba por llorar cuando veía a las parejas de elefantes enlazando sus trompas cerca de su cría.

No estoy exagerando. Me daba por llorar al ver aquellas muestras de afecto que la naturaleza más salvaje me mostraba y el cabrón de Luis me había dejado por otra tía, lo que me llevaba a la conclusión de que los mamíferos de la sabana tenían más sensibilidad que aquel imbécil.

Evitaba ponerme películas, porque solamente me gustaban las comedias románticas y no estaba yo para hacer la gilipollas delante del televisor viendo como a Meg Ryan le salía todo bien con los hombres. No quería ver besos ni parejas abrazándose en Central Park. Tampoco quería ver Ghost, una de mis pelis favoritas y que veía con Luis. Yo la veía con él para reforzar nuestro vínculo de amor. Luis las veía básicamente para meterme mano.

Lo que tenía que hacer era coger todos esos DVDs y pegarles fuego delante de la casa de Luis, como si fuese parte del aquelarre de unas brujas. Qué gilipollas había sido tragándome toda esa bazofia de las películas de amor. Aún recuerdo que Luis se sabía algunos diálogos de memoria y me los repetía en nuestros momentos de mayor intimidad y yo sonreía como una quinceañera enamorada del repetidor de turno.

Había que ser tonta.

Apenas hablé con nadie. Mi hermana había hecho el bendito favor de dejarme en paz, así que la tranquilidad me rodeaba, pero como estaba bastante ocupada, ni tiempo tuve para pensar en mis “desgracias”.

“No hay mal que por bien no venga”, me repetía si a mi rebelde mente le daba por recordar algo de lo negativo que me había ocurrido.

Estaba comiéndome un sándwich para cenar cuando sonó un mensaje. Cogí el móvil distraída, sin dejar de mirar la última oferta que tenía en la pantalla del PC y miré el móvil de reojo.

Casi me atraganto al ver que era un mensaje de Víctor. No habíamos vuelto a hablar desde la noche que volví del cumpleaños de Katy y me había tomado por sorpresa. Lo leí bastante emocionada mientras tosía.

***“Hola, preciosa. Perdona que no te escribiera antes. Estos días tuve trabajo y ni el móvil pude usar. Espero que todo esté bien y que esa sonrisa esté en tu cara.”***

¿Sonrisa? Sonreía como una idiota.

Le contesté rápidamente, aprovechando que lo veía en línea. Pero con cuidado, ¿Qué si su mujer leía algo? Yo no tenía filtros, a saber lo que podía pensar la pobre. Estaba siendo una auténtica cabrona. Me estaba metiendo donde no me llamaban, pero no podía evitarlo.

Había algo en mí que me forzaba a escribir y no sabía qué era. Bueno, sí, se llamaba “desesperación”. El hecho de encontrarme con Rocío tampoco ayudaba mucho. Parecía que yo quería imitarla y quería encontrar, aunque fuese con un hombre casado, esa felicidad que me había sido arrebatada. Y, si para lograr eso, tenía que ser una cabrona, pues lo sería, así que escribí.

***“Hola. Sí, todo muy bien, ya más animada. Gracias por acordarte de mí y, por cierto, te debo un café. Cuando quieras nos lo tomamos.”***

***“¿Y por qué no unas copas?”***

***“Como quieras, podemos tomarnos algo algún día.”***

***“¿El sábado?”***

Me quedé unos instantes mirando el móvil, no sabía si lo estaba entendiendo bien. Víctor no se andaba con chiquitas. Estaba siendo directo, muy directo. Llegué a pensar por unos instantes que quizá no tenía esposa, que lo de la esposa era un invento para parecer interesante y maduro. O a lo mejor era algo peor. A lo mejor era un “putero”.

Joder. No había caído en eso. A lo mejor era de esos tíos que se dedican a coleccionar amantes mientras su mujer vive tan ricamente pensando que está casada con el mejor

hombre del mundo. El mundo estaba lleno de gente así. Solamente tenía que recordar a algunos de mis jefazos de la inmobiliaria.

Tenían contentas a sus mujeres con regalos y viajes, mientras ellos se dedicaban a salir y a tontear con jovencitas que podían ser sus hijas. Qué horror. No quería caer en el pesimismo. Quería pensar que Víctor no era de esa clase de hombres.

Pero, ¿qué razón oculta había para que no dejara de mandarme esos mensajes tan afectuosos? ¿Por qué quería quedar conmigo? ¿Y su mujer? ¿Se quedaría tan ancha al ver que su marido salía un sábado por la noche de casa como si tal cosa? Sábado, sabadete ... Su mujer estaría deseando hacérselo con él durante el fin de semana. Intenté no pensar en todo eso y vivir intensamente ese momento.

Al ver que no respondía, volvió a escribirme.

***“Mi mujer tiene cena de empresa y yo le dije que iba a salir con unos amigos, pero la verdad es que no me apetece. Me gustaría más que aceptaras una invitación a cenar y nos tomáramos algo juntos en algún pub cercano.”***

Oh, Dios... ¡Parecía una cita! Y yo iba a ser tan cabra loca en aceptar. Estuve a punto de escribirle: “Estás hecho un cabrón. Tienes una mujer. ¿Cómo le haces eso? ¿Te piensas que soy tan hija de puta?”. Pero no lo hice. Dios mío, no me reconocía, así que acerté. ¿Por qué? Porque quería saber más de este chico. Porque había algo oculto en aquellos mensajes. Algo no estaba funcionando bien con su mujer.

***“Vale, me gusta la idea. Nos vemos donde digas.”***

Quedamos en la hora y adónde nos veríamos, y nos despedimos con un hasta entonces. La suerte estaba echada. Estaba claro que había apostado fuerte. Y que seguramente estaba siendo una auténtica cabrona, pero necesitaba verlo.

Me fui a la cama un poco desconcertada. Me extrañaba que un hombre casado hiciese eso y lo peor era que yo había dicho que sí. Pero tampoco era para pensar mal, ¿no? Solo éramos dos viejos amigos. No tenía que empezar a divagar. En principio, no había nada malo en que dos viejos amigos se vieran para charlar un poco y tomar unas copas. Además yo quería saber un poco más de mis compañeros de curso, de aquellos años en los que aún llevaba ortodoncia.

La gente no podía ser tan malpensada conmigo, con nosotros. Yo no iba a tirármelo. Iba en contra de todos mis ideales. Luis había sido un cerdo y aquella tipa con la que estaba ahora había roto una relación. Yo no podía ponerme a la altura de esas tías que van por ahí destrozando parejas y matrimonios, así que, más calmada, tomé la determinación de no fantasear, de acudir a una cita donde dos amigos vuelven a recordar los viejos tiempos. Y punto.

Hasta que llegó el día que quedé con él, me mantuve ocupada como los anteriores para no pensar demasiado. No habíamos vuelto a hablar desde entonces y eso me ponía aún más nerviosa.

¿Por qué ese silencio repentino? ¿Por qué estaba todo tan calmado? ¿Por que volvía yo a comerme el tarro si solo era una cita de viejos amigos? Si se hubiese enterado mi hermana (esa sí que es de las malpensadas), me habría montado un pollo que hubiéramos acabado en las urgencias de un hospital.

Cierto es que estaba llena de contradicciones hasta el punto de que me pasé hora y media para elegir la ropa para mi cita con Víctor. Salí ese día de casa con una falda negra y una camisa que me quedaban espectaculares. Iba con demasiado escote, pero me apetecía provocar un poco. Por eso, estaba cayendo en continuas contradicciones. ¿Por qué iba con aquel escote? ¿por qué quería provocar si no era para llevármelo a la cama o para excitarlo? Madre de Dios, qué cacao en la cabeza.

Llegué al restaurante donde quedamos y ya Víctor estaba allí. Se levantó con una enorme sonrisa en la cara y me dio dos besos antes de invitarme a sentarme frente a él.

— No hace falta que digas que estás mucho mejor — dijo mirándome fijamente.

— La vida no se acaba por un imbécil — me encogí de hombros —. Y el trabajo... pues bueno, encontraré otro.

— De eso no me cabe ninguna duda. Además, tienes ese brillo en la mirada que eché de menos al verte.

— ¿Qué brillo? — pregunté tras beber un poco de vino que me había servido.

— Ese que dice: Tengo ganas de vivir. El otro día no estaba en tus ojos y siempre te he recordado como eso — explicó.

— Oh — no supe qué contestarle —. ¿Y tú? ¿Todo bien?

— Sí, mi mujer de cena de empresa, como te dije. Iba a salir con mis amigos hoy pero la verdad es que, después de estar todo el día con ellos aguantándolos en el trabajo, no me apetece verlos en mis horas libres.

— Seguro que son unos chicos excelentes.

— Sí, lo son. Solo quería verte, Nora — dijo serio.

— Pues aquí estoy — sonreí nerviosamente —. Me extrañó la invitación pero aquí me tienes.

— Ya. Quizá fui muy atrevido. No sé qué decir.

— Bueno, eso lo tendrás que juzgar tú. Ahora estamos aquí y no voy a volver a mi casa.

— No, claro que no — respondió nervioso.

— Si he de decirte la verdad, pensé en tu esposa cuando leí esos mensajes — dije yo con atrevimiento.

— Imagino que te sorprendería que lo hiciera. Pero no pienses mal. No quiero que te lleves una mala imagen de mí. Solo trataba de ser amable y de buscar la complicidad con alguien a quien no veía desde hacía muchos años.

— Por esa razón, estoy aquí. A mí también me apetecía estar junto a un viejo amigo. Últimamente he salido muy poco. Mi ruptura con Luis me ha tenido paralizada — dije con voz triste mientras Víctor no dejaba de mirarme fijamente, y no a los ojos.

— Imagino que no es fácil rehacer tu vida.

— No. No lo es. Porque no tengo un trabajo en el que pueda concentrarme para olvidar a ese cabrón — dije con rabia.

— No te enfades, Nora. Estamos aquí para disfrutar.

Me guiñó un ojo y pedimos la cena. Estuvimos charlando sobre su trabajo sobre todo. Yo era un poco alcahueta y no conocía muy bien la vida de un militar, así que lo sometí a un

tercer grado, pero yo no iba a quedarme con preguntas sin responder.

Pagó la cena sin dejarme protestar y caminamos hasta un pub que había por el centro de la ciudad. Estaba tranquilo y podíamos hablar sin tener que levantar la voz. Nos pedimos dos martinis y nos sentamos a la barra.

— Estás preciosa — fue lo primero que dijo tras un momento de silencio.

Yo no sabía a qué venía el comentario pero le di las gracias, no sin antes ponerme roja. No sabía qué me pasaba con ese hombre pero me sentía extraña a su lado.

— La verdad que es un poco extraño que estemos aquí. Tú... Esto... Bueno, estás casado. No sé, quizás soy muy chapada a la antigua, pero me extrañó que me invitaras.

— A mí me pasó igual — dijo ante mi asombro —. No hago estas cosas, menos mentirle a mi mujer, pero me apetecía verte.

— Tampoco es malo — sonreí —. Solo somos dos viejos amigos con muchas cosas que contarse.

— Sí, eso parece — dijo enigmático.

— Hacía mucho que no salía, así que te lo agradezco. Pero no beberé mucho alcohol o cualquiera sabe cómo acabaríamos — puse los ojos en blanco.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó sonriendo.

— No sé beber, te juro que se me va la cabeza. La última vez no sé cómo me equivoqué de taxi, pero acabé en la otra punta de la ciudad intentando abrir una puerta que no era la mía mientras mi novio me llamaba al móvil, todo preocupado, diciéndome que dónde demonios me había metido, que solo se había retirado de mi lado un minuto para llamar al taxi.

Víctor se reía a carcajadas a la vez que yo recordando ese día.

— ¿Y te encontró? — preguntó entre risas.

— Digamos que lo hizo el dueño de la casa — intenté explicarle.

— ¿El dueño de la casa?

— Parece que hice demasiado ruido al no poder abrir la puerta con la llave. O eso o estaba chillando demasiado, no lo sé. La cuestión es que de repente se abrió la puerta, apareció una masa de casi dos metros y ciento veinte kilos envuelto en una bata que ni mi abuelo usaría, sin afeitado, me miró y dijo: ¿quién coño eres? Y yo no sé qué pasó, solo que salí de allí gritando y corriendo mientras pedía ayuda.

Él no podía parar de reír y yo ya iba por el segundo Martini.

— Sigue — casi me rogó.

— Pues nada, acabé en la calle, gritando como loca. Algunos vecinos salieron a ver qué ocurría y yo ya ni recuerdo qué les decía. El pobre hombre apareció después devolviéndome mi teléfono móvil. Te juro que casi me da un infarto al verlo acercarse, me escondí detrás de la persona que tenía más cerca.

Escuché cómo explicaba lo que había pasado y que él ya le había dado la dirección a mi novio, quien apareció un poco más tarde y se asustó al ver tanto revuelo.

— Dios, como para darle algo.

— No, solo me miró y me dijo: Tú no vuelves a beber más y me llevó a casa.

— Tengo que verte en una de esas, pero siempre que yo te controle.

— Espero que no — dije muerta de la risa.

Estuvimos allí un par de horas y me dejó en casa. Nos despedimos con la idea de vernos de nuevo y, antes de acostarme, recibí un mensaje de él.

*“Gracias por esta noche, me he divertido mucho. Sabía que no habías cambiado.”*

*“Gracias a ti, necesitaba algo así.”*

*“Nora...”*

*“¿Sí?”*

*“Me encantas, solo quería que lo supieras. Buenas noches.”*

*“Buenas noches.”*

Las alarmas empezaron a sonar dentro de mi cabeza porque a mí, ese chico, también me encantaba.

Afuera, comenzaba a llover y me encantó que fuese así. Que la lluvia, tan extraña en Cádiz, celebrara de esa forma lo que mi corazón sentía.

## Capítulo 4

Desperté esta mañana un poco saturada por toda la situación que se me venía dando de días atrás. De nuevo volvían a surgir preguntas en mi cabeza. Me iba a volver loca. ¿Había hecho lo correcto? ¿No estaba traicionando a mis propios principios? ¿No me estaba dejando arrastrar por mis instintos? No tenía respuestas a cada una de esas preguntas.

Víctor había entrado en mi vida de una forma tan imprevista que era imposible concentrarme en nada más que en aquellos mensajes tan difíciles de descifrar y en aquellas miradas de la cena y las copas del sábado.

Estaba hechizada. No podía ocultarlo. Al mirarme en el espejo lo descubrí enseguida. Algo estaba sucediendo en mi interior que me tenía eclipsada. ¿Cómo se afrontaba un hecho así?

Me preparé un buen café y me senté en el sofá. Volví a ponerme los malditos documentales en inglés a ver si me distraía un poco y conseguía evitar más pensamientos sobre lo que me había pasado esa noche. Al mirar el móvil tenía otro mensaje de Víctor.

***“Buenos días, preciosa, ya estoy totalmente incorporado en mi destino. Si alguna mañana estás con ganas y quieres acercarte por San Fernando, me avisas y te invito a un café en mi trabajo.”***

Volví a leer aquel mensaje porque no me creía todavía lo que estaba leyendo. Se dirigía a mí en unos términos tan cariñosos que me ofusqué durante unos momentos. No podía ser verdad.

Quería quedar de nuevo conmigo. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Debía seguir con este juego o cortar de raíz? Pero no pude evitarlo. Miré por la ventana.

La luz del sol infundía una alegría a mi vida en aquel momento que no podía decirle que “no” a Víctor. Me la estaba jugando. Me estaba metiendo en la boca del lobo. Aquello podía costarme un disgusto. “Buenos días, preciosa, ...”, no paraba de leer.

Era emocionante y excitante degustar cada una de aquellas palabras que había escrito para mí, solo para mí.

Una preciosa sonrisa salió de mi boca, pero vamos no estaba tan loca como para ir a tomar a un cuartel un café. Ya era lo único que me faltaba, que me señalasen con el dedo, y además con un hombre casado. Pero no me quedé quieta, sino que escribí con una ilusión desmesurada, esperando con ansiedad que volviera a contestarme.

***“Lo último que haría sería ir a tu cuartel a tomarme un café, pero, si te dejan escaparte de allí, estoy dispuesta a ir hasta San Fernando y nos lo tomamos en un bar. Estaría encantada de hacerlo y tú lo sabes muy bien. Por eso, me has escrito.”***

Lo envíe con la ilusión de que me ofreciese quedar en algún lugar a desayunar uno de estos días. Sinceramente estaba deseosa de verlo. Algo muy fuerte estaba empezando a sentir por él, a pesar de saber que no estaba bien lo que estaba haciendo.

Miré por la ventana y la luz de sol inundaba el parque con su luz clara y todo estaba más vivo que de costumbre o era yo, que miraba las cosas con otros ojos, unos ojos llenos de esperanza y de alegría que me alejaban de aquellos días tristes que había pasado tras mi ruptura con Luis.

***“Tranquila, mi destino es muy tranquilo, y además te recuerdo que soy suboficial. No tengo que pedir permiso para salir a tomar un café. Estoy deseando verte. Sabes que es verdad. Lo vuelvo a escribir para ti: estoy deseando verte.”***

No comprendía hasta dónde quería llegar, pero me encantaba que me dijera esas cosas, un montón de mariposas empezaban a recorrer mi estómago. Cuánto tiempo sin experimentar esa sensación.

Aunque estaba muy contenta por aquellos mensajes y había empezado ya a fantasear con Víctor en mi cabeza, quería ser realista y no dejarme llevar por una falsa ilusión. Era consciente de que podía estar haciéndole mucho daño a otra persona que no tenía culpa de nada.

***“Te recuerdo que estás casado...”***

Le solté eso esperando a ver que me decía.

***“Te recuerdo que ese es mi problema, el tuyo es decirme que vendrás a verme en estos días. No tienes otra cosa que hacer y, si te he escrito este mensaje, es porque sé que lo harás.”***

Dios mío, cómo sabía hacerme flotar a tres metros sobre el suelo, cómo sabía manejar las palabras para convencerme, para no poder escribir un “no” por respuesta. Estaba alucinando con Víctor y sobre todo creándome unas ilusiones que podían costarme muy cara.

***“No sé qué decir, Víctor. Estoy confusa. Todo esto me parece muy extraño.”***

Realmente no sabía que decir, pues aquello me estaba superando. Estaba deseando volver a verlo. Sin que yo lo buscara, mi cabeza fantaseaba con verme envuelta en sus brazos.

Un hombre como Víctor era la luz que necesitaba mi vida, aunque quizás no era lo que más le convenía a él, estando casado y habiendo salido yo de una ruptura tan traumática como había sido mi ruptura con Luis.

Ya era demasiado tarde y ya me estaba dejando arrastrar por aquellos deseos que eran imparables. De nuevo volví a leer un mensaje que me acababa de llegar.

***“No digas nada si quieres, pero no te alejes nunca de mí.”***

Ese mensaje ya me había terminado de matar, ¿Como me podía decir algo así? Me iba a dar algo.... De repente, aquel mensaje confirmaba mis sospechas. Víctor quería seducirme, quería confundirme con la intención de conquistarme y yo, como una tonta, me estaba dejando.

¿Qué pensaría mi familia de todo esto? Pensarían que estaba siendo una inmadura, que estaba siendo víctima de una manipulación y que ese tal Víctor quería aprovecharse de mí, de mi cuerpo, puesto que estaba en un momento de horas bajas y me había visto con ganas de sentirme querida. ¿Estaría Víctor haciendo eso? ¿Estaría buscando una oportunidad para hacerme caer en una trampa?

Parecía que con lo de Luis no había tenido suficiente y que necesitaba otro escarmiento.

Sin embargo, sus mensajes estaban actuando en mí. Sus efectos estaban obligándome a que yo volviera a escribirle. Necesitaba saber más de él, de sus intenciones, de todos y cada uno de sus pensamientos hacia mí.

Decidimos seguir con aquella conversación. Quería esperar a ver cuándo sería el siguiente mensaje. Terminé el café y me vestí. Me fui a la calle a dar una vuelta, pues no tenía ganas de quedarme en casa encerrada, así que cogí mi coche y me fui a perderme por el centro de Chiclana. Querían visitar una zapatería de moda que había allí. Me encantaban los zapatos. Tenía decenas de pares.

Katy siempre me decía que había que estar loca para gastarse el dinero que yo me gastaba en comprar zapatos. Algunos pares que tenía solamente me los había puesto una vez. Pero me daba igual. Reconozco que los zapatos, ya desde niña, fueron mi perdición.

Estaba en paro, pero no en la ruina, así que decidí darme algún capricho y, en mi caso, ese capricho era comprarme unos buenos zapatos, a ser posible de importación y que no se salieran de un precio razonable.

No dejaba de darle vueltas a la actitud de Víctor, a ese comportamiento que me mantenía intrigada. Lo peor es que, de todos los chicos que podían haber aparecido en mi vida, va y

aparece un hombre casado.

Estaba claro que no tenía la suerte de mi lado. De todas maneras, no se me podía echar en cara que yo hubiese hecho algo terrible.

“Sencillamente queremos quedar como dos buenos amigos”, me decía a mí misma intentando convencerme de que estaba haciendo lo correcto. Pero, en el fondo, sabía que no. Había contestado a esos mensajes con un deseo cercano al enamoramiento. ¿A quién quería engañar?

Mientras paseaba por el centro, recibí otro mensaje de Víctor.

***“El sábado por casualidad me han metido una guardia y tú la vas a hacer conmigo...”***

No lo entendí muy bien.

***“¿Qué pinto yo en tus guardias?”***

Llegué a la zapatería y había una nueva gama de sandalias que me emocionó. Empecé a probármelas, esperando a que Víctor contestara en cualquier momento.

La dependienta me preguntó si me gustaba algún par y yo le dije que ya me había decidido por unas sandalias de color blanco. Seguí comprando y el mensaje no tardó en llegar.

Ya estaba otra vez poniéndome nerviosa como una adolescente a la que le van a pedir que acompañe a alguien al baile de fin de curso.

***“Nada, estarás de guardia lo mismo que yo. Pero para el resto del mundo estaré de guardia y tú me tendrás que encerrar en tu casa 24 horas para que no me pillen... porque, si me pillan, me meteré en un problema bien gordo, así que tú tienes que ser mi salvadora.”***

¡La de Dios es Cristo! ¿ Se estaba inventando una guardia para el sábado para pasarlo conmigo? ¡ No me lo podía creer! Yo estaba arriesgando mucho, pero él estaba arriesgando más todavía: su puesto de trabajo y la confianza de su mujer en él.

***“¿Estás de broma?”***

Pregunté deseando saber que fuese cierto.

***“Jamás jugaría contigo, Nora.”***

En esos momentos me puse a saltar de alegría en medio de la calle ante los ojos de todos los transeúntes que me miraban como pensando que estaba loca, pero me daba igual. Me encantaba que escribiera esa clase de mensajes. Me sentía llena de felicidad.

Pese a que sabía que quizá no estaba haciendo lo correcto, aquel chico había logrado darle sentido a mi vida. Estaba experimentando lo que era ser feliz al lado de alguien.

La gente seguía mirándome y lo entendía, porque no es normal ver a alguien dando saltos en mitad de la calle con una cara como la que puse. Estaba radiante y temblaba de emoción. ¿Era verdad todo lo que me estaba pasando? ¿O todo formaba parte de un sueño? ¿Cuándo me caería de la cama y despertaría?

***“Perfecto el sábado te espero.”***

Me quedé emocionada mirando el móvil mientras veía que estaba escribiendo.

***“Cuando te despiertes me avisas y voy. Yo estaré dando vuelta ya que tendré que disimular y salir de mi casa a las 7 de la mañana.”***

Una sonrisa volvió a inundar mi cara.

***“Para nada, a esa hora te estaré esperando...”***

Me di cuenta de nuevo que estaba arriesgando demasiado, pero no podía detenerme. Necesitaba darme cuenta de que esa cita no podía suceder, pero mis sentimientos hacia Víctor empezaban a ser cada vez más intensos y necesitaba otra cosa. Verlo.

No sabiendo qué hacer en ese instante, se me ocurrió llamar a Rocío y contar lo que me había pasado.

— Hola, Nora. ¡Qué sorpresa ver tu teléfono móvil en mi pantalla!

— Lo sé. Sabía que te iba a pillar por sorpresa.

— ¿Sucede algo grave?

— No. Necesito contarte una cosa que me ha pasado. No te lo vas a creer.

— No me asustes, Nora — respondió intrigada.

— No. No es nada grave.

— Dime. ¿No será lo que yo pienso?

— ¿El qué? — respondí haciéndome la tonta.

— Un chico.

— Sí. Lo has adivinado. Un antiguo compañero de clase. Se llama Víctor — contesté como si él yo fuésemos novios.

— Has visto, tonta. Al final las cosas van saliendo. Dios aprieta, pero no ahoga. No sabes cuánto me alegro por los dos — sus palabras sonaron sinceras.

— Pensé en ti para decírtelo. Pero hay un problema.

— ¿Cuál? Con lo ilusionada que estaba. ¿Qué problema hay?

— Está casado.

— ¡¡Madre mía!! Sí que es un problema. Pero, es muy extraño todo. ¿Cómo te ha podido pasar una cosa así?

— No lo sé, Rocío. Empezaron a llegar mensajes insinuantes y caí en la trampa.

— Cuenta, cuenta. Aunque lo mejor será que quedemos a tomar un café tranquilamente.

Le estuve contando algún detalle más y al final quedamos en vernos pronto. Había encontrado en Rocío una amiga en la que confiar, porque verdaderamente estaba hecha un lío. Y necesitaba que alguien intentara comprender lo que me estaba pasando. Un buen consejo no vendría mal, aunque sé que al final obedecería a mis instintos tal y como me estaba pasando.

Aquella semana lo pasé francamente mal. Nerviosa, solamente pensaba en mi cita del sábado. Los mensajes continuaron a diario. Por la mañana, recibía mensajes como estos:

***“Buenos días, princesa, deseando verme reflejado en tus ojos.”***

***“Te deseo como deseo esta luz del día que me anuncia que queda un día menos para verte.”***

***A media tarde, recibía de nuevo otros mensajes más subidos de tono que me excitaban mucho y a los que contestaba con un insinuante a la vez que discreto “Gracias”.***

***“Quiero tocarte o soñar que te toco. Con eso me basta.”***

***“Tu boca es una tentación.”***

***“Me gustaría estar cerca de ti. No pido más. O sí lo pido.”***

***“Eres el pecado.”***

Antes de dormir, siempre sonaba mi móvil con un mensaje de buenas noches. Aunque parezca una tontería, yo estaba pendiente de que eso sucediera y llegaban con su dulzura habitual, pero también con una invitación al placer que me confundían al mismo tiempo que me estremecían.

Miedo, deseo, incertidumbre y pasión se mezclaban en mí y me hacían revivir, alejarme de los malos recuerdos de mi relación con Luis.

***“Buenas noches, princesa, que tus sueños sean los míos.”***

***“Adiós a otro día. Adiós a ti, mi tentación, mi tentación del sábado.”***

***“Te quiero rozar, verte, olerte, invitarte a que vueles conmigo.”***

Recuerdo que el viernes por la mañana me levanté temprano y, después de tomarme el café, y enviar algunos emails para encontrar trabajo, volvía recibir un mensaje de Víctor.

***“Buenos días, luz de amanecida. Mañana estaré contigo y no serán necesarias estas palabras.”***

Miré por la ventana y suspiré. Sorbí de mi café y pude ver con claridad que mi error estaba ahí, pero que estaba harta de ser una víctima, que ver a Víctor no me iba a hacer ningún mal y que siempre estaría a tiempo de parar si no veía las cosas claras. Porque antes de que aquellos sentimientos se convirtiesen en amor, Víctor debía aclararme muchas cosas. Esa misma mañana fui a casa de mi hermana y estuve hablando con ella. No quería contarle nada de mi cita, pero Katy era demasiado lista para que yo le ocultara algo.

— Te veo diferente — dijo ella.

— ¿Por qué? No me pasa nada. Lo de siempre. A Luis, que no me lo quito de la cabeza — mentí yo descaradamente.

— No. Estás feliz —dijo Norah mirándome fijamente.

— No. No estoy feliz. En serio. No me pasa nada.

A Katy era imposible engañarla. Sabía muy bien cómo era yo y tenía estudiado cada uno de mis movimientos.

— Escondes algo, Nora.

— No. No quiero que te preocupes. Sé que no puedo mentirte. Hay alguien — dije con timidez.

— Lo sabía. ¿Lo conozco?

— No. No lo conoces. Pero no hay nada serio.

— Todavía — dijo mi hermana con burla.

— No. No puede haberlo, Katy. Ese es el problema —dije yo con un tono de pena.

— ¿Por qué no puede haber nada serio entre vosotros? — preguntó cogiéndome las manos.

Sabía que, en cualquier momento, me iba a venir abajo. Katy podía ser muy cabrona cuando quería, pero era la mejor hermana del mundo, un apoyo para cualquier persona que lo necesitara, una mujer de una lógica aplastante. Por esa razón, se lo solté.

— Katy, este chico está casado — dije derrotada.

— Déjalo. Una cosa así puede destruirte. Hazme caso. Déjalo.

Estuvimos hablando un rato de cómo había sucedido todo y Katy se mantuvo firme en la idea de que lo abandonara. Yo la abracé antes de marcharme de su casa, decidida a replantearme la cita del sábado. Katy tenía razón. Me estaba metiendo donde no me llamaban.

Al salir a la calle, sonó el móvil y volví a sonreír cuando leí el mensaje.

***“Vuelve conmigo, princesa. Nunca te has ido. Recuérdalo. Nunca te has ido.”***

## Capítulo 5

Quedaban pocos minutos para que dieran las siete de la mañana cuando el timbre de mi casa sonó. Dejé la taza y me levanté a abrirle la puerta.

Mientras tomaba el café había estado pensando que lo mejor sería volver a la cama, que Víctor no vendría, que lo mismo se le habría pasado ya la locura momentánea. Eso sin contar que yo no estaba entendiendo nada de esa situación.

Quizá aquellos mensajes no eran otra cosa que una forma de burlarse de mí. ¿Por qué confiaba ciegamente en aquel chico, en sus mensajes, en el contenido de cada uno de ellos?

Mi cabeza iba a estallar. De nuevo empezaban las preguntas, esas preguntas que solamente me martilleaban una y otra vez. Tenía que poner fin a aquello y, si era cierto, que el que había detrás de la puerta era Víctor. Ahora ya no tendría escapatoria.

Amanecía en la ciudad y una luz dorada iba prendiendo cada objeto de la casa. Me gustaba ver amanecer.

Estaba casado, por Dios... ¿Qué diablos estaba haciendo? Iba a meter la pata. Estaba adoptando el papel de una vulgar amante que se ve con un hombre casado que promete sin cesar que, en cualquier momento, va a dejar a su mujer.

¿A qué venía todo esto?

Pero de todas formas puse el despertador para levantarme con tiempo por si acaso. Y ese por si acaso se convirtió en realidad cuando el timbre sonó.

Cuando abrí la puerta me quedé alucinada. Sabía que supuestamente él tenía guardia y que era lo que le diría a su mujer, pero no imaginaba verlo vestido de militar. Lo habría deducido si hubiera sido capaz de pensar en algún momento, pero bueno...

Me aparté y le hice un gesto con la mano para que entrara sin darle siquiera los buenos días, pero verlo así, con ese uniforme, me había dejado sin habla.

Dios, ese hombre estaba para comérselo.

Y yo en pijama de ositos... para matarme... un horrible pijama de ositos que Katy me regaló por Navidades. Parecía una quinceañera que se va a pasar una noche a casa de una amiga.

— Pensé que no vendrías — dije en su lugar, dejando de lado mis pensamientos. Cerré la puerta y lo encaré.

— Quiero estar contigo — dejó la bolsa en el suelo, me miró unos segundos a los ojos, me agarró del brazo y me jaló contra su pecho, envolviéndome en un dulce y fuerte abrazo.

Ahora entendía aún menos, o yo no quería verlo, no lo sé. Le devolví el abrazo a la vez que enterraba la cara en su cuello, oliéndolo y disfrutando de esa intimidad. La luz doraba nuestros cuerpos, esa luz del amanecer que daba vida a todo el mundo, a cada ser.

— ¿Te apetece un café? — pregunté cuando me separé de él y seguía sin saber qué decir.

Él afirmó con la cabeza. Le dije que me esperara en el salón mientras lo hacía. Minutos después me senté junto a él en el sofá y dejé las tazas en la pequeña mesa de cristal.

— Quiero quedarme contigo estos días, Nora. Si no quieres, aún estás a tiempo de decírmelo. Porque en el momento que digas que me quede, no habrá marcha atrás.

Estaba entendiendo todo, pero no me atrevía ni a preguntar. No sabía cómo actuar. Por muchas previsiones que hagas, no sabes qué responder cuando llega el momento de la verdad, cuando sientes que tu sueño está ahí, tan cerca, y resulta que, además, es de carne y hueso. No quería pensar en las consecuencias de aquel encuentro a escondidas. No quería martirizarme.

Quería vivir ese instante, alejarme de todo lo que había sufrido, también de esas terribles palabras de Katy cuando me ordenó que lo dejara, que no me ilusionara con un hombre casado. Mi hermana había sido muy dura conmigo. Debería haber comprendido mejor mi situación. Pero también era esa forma de pensar tan práctica la que yo buscaba para tener más claras las ideas sobre este asunto donde no sabía si era una víctima de los caprichos de un hombre en el que había confiado unos sentimientos que rozaban el amor.

Ni sobre su mujer, su matrimonio, ni si había hecho algo así antes... Nada. No sabía qué decirle. Solamente me apetecía mirarle a los ojos, ver más allá de sus pupilas, sentir que verdaderamente él estaba feliz conmigo. No podía estar en un error si los dos habíamos consentido que sucediera esto. No podía ser un error. Ni hablar. Estaba más que claro lo que me estaba proponiendo Víctor y, aunque yo había querido negármelo a ratos a mí misma, sabía lo que le iba a responder.

— Quédate conmigo.

Me regaló una preciosa sonrisa y acarició mi mejilla. De nuevo la luz de la mañana refleja en sus ojos me estremeció. No era un sueño y aquel hombre, su cuerpo, su forma de hablarme, su mirada, entre otras cosas, no tenían nada que ver con Luis.

— No puedo esperar más — susurró antes de besarme.

No fue un beso dulce, no sabía cómo describirlo. Era deseo pero yo notaba algo más, un ansia, una necesidad que no entendía. Qué difícil resulta expresar con palabras esta clase de sentimientos.

Claro que en ese momento yo no estaba como para entender nada, iba a perder la cabeza si seguía besándome así. Qué bien lo hacía. Qué muerte tan feliz habría sido esa si, de repente, hubiera sido fulminada por un rayo allí mismo. Qué muerte tan feliz.

Me cogió por la cintura y me movió para que me sentara encima de él, abrí más las piernas y me acomodé mientras agarraba mi culo y me apretaba contra él. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estábamos haciendo? Estábamos atrapados el uno en el otro y no sabíamos cómo huir de aquella pasión tan desenfrenada.

Víctor sabía cómo excitar a una mujer, cómo volverla loca. Jamás un hombre antes había sido tan determinante y había estado tan seguro de lo que hacía conmigo.

Lo miré antes de agarrarlo del pelo y ser yo esa vez quien lo besara. Nos habíamos desatado en unos segundos, nuestros cuerpos se movían pidiendo a gritos que no hubiera ropa entre ellos.

Casi sin darme cuenta, me tumbó en el sofá y volvió a coger el control de la situación, advirtiéndome que me quedara quieta. Yo tenía la respiración demasiado acelerada y él parecía que era de piedra, la tranquilidad en persona. No pensaba en nada. Solamente quería sentirlo cerca, sentirlo contra mí, sentirlo dentro de mí y que el tiempo se detuviera.

Me desvistió sin decir nada, se quitó la ropa, se puso el preservativo que había sacado del bolsillo y se tumbó encima de mí. Apenas me dio tiempo a admirar semejante cuerpo, pero lo necesario para suspirar cual quinceañera.

— Quiero estar contigo — dijo mirándome fijamente.

— Estás conmigo — le respondí en un susurro.

— Lo sé. Como si siempre lo hubiera estado.

— Es verdad. No eres un hombre extraño para mí, Víctor

— No. No puedo serlo. Qué confundido estaba. Aprovechemos el tiempo y dejemos que sean nuestros corazones los que hablen por nosotros.

— Arrástrame contigo, Víctor.

— Lo estoy haciendo. Me lo pides y lo hago. Estoy a tus órdenes.

— Me encanta que me digas todo eso. Que te vengas por mí. Que quieras que yo esté contigo.

— Siempre, Nora. Siempre.

Hice que se acomodara mejor encima de mí, deseando sentirlo dentro, pero él tenía otros planes. Volverme loca entre ellos, lo tuve claro cuando besó mi cuerpo y se negaba a llegar donde más lo estaba necesitando, ignorando cada una de mis quejas y mandándome a callar. Pero lo necesitaba dentro. Necesitaba que me poseyera, sentirme suya, abandonada a su fuerza, a su irracionalidad, a sus empujones y embestidas.

Estaba alucinando y quería más. No era suficiente. Necesitaba sentirme que era capaz de olvidarme de la realidad gracias a él, de ausentarme del mundo, de todo lo malo que había pasado.

Cuando entró dentro de mí, la sensación fue increíble, casi llego al orgasmo en el acto.

Hicimos el amor sin prisas y acabamos los dos abrazados en el sofá. De nuevo la luz alumbraba nuestros torsos mojados. Estaba feliz, dichosa. Me sentía realizada al ver que había sido capaz de enamorar y conquistar a una persona que me había gustado desde el primer momento. Tenía que pensar fríamente en lo que había hecho, pero el placer, su rastro, su huella, estaban ahí, conmigo y ya no se irían jamás de mi cuerpo.

Abrí los ojos y miré alrededor al verme sola. Víctor apareció con un vaso de zumo de naranja en las manos.

— Hola, dormilona — sonrió.

— Siento haberme dormido. Estaba agotada.

— Imagino. Me ha gustado verte dormir. Me ha gustado tenerte tan cerca, Nora.

— Me ha gustado mucho, Víctor. Me ha gustado mucho.

— Yo también he sentido que te gustaba. Para mí ha sido increíble.

— Hacía mucho tiempo que no experimentaba este placer — dije con entusiasmo intentando que se sintiera importante, aunque no faltaba a la verdad.

— Me alegra que te haya gustado. Me alegra mucho. Estoy aquí para eso, para que seas feliz.

— Lo soy, Víctor, pero entiende también que no quiero que permanezcamos ocultos, entiéndelo.

— No pensemos ahora en eso, Nora.

Me senté en el sofá, me tapé mejor y acepté el vaso. Bebí. Estaba rico y necesitaba reponer fuerzas. Me miró a los ojos fijamente y sus labios se arrugaron como para susurrarme algo. Pero alguna idea repentina hizo que sus labios se relajaran y esbozaran una leve sonrisa de complicidad conmigo que yo agradecí.

— ¿Qué horas es? — pregunté tras beber de nuevo.

— Cerca de las doce — dijo ante mi asombro — , estabas cansada, no quise despertarte.

— No suelo dormir tanto.

— Lo necesitabas — dijo cerrando el tema —. No tienes que enseñarme la casa, he aprovechado para ducharme y conocerla por encima — dijo como si fuera lo más normal.

— Oh, ya veo — ya estaba echando de menos el traje de militar, aunque vestido de paisano estaba igual de guapo —. ¿Tú no tomas nada?

— Yo ya desayuné hace rato — me dio un beso —. Ha sido perfecto — dijo refiriéndose a nuestro momento juntos.

— ¿Te quedas hasta mañana?

— Sí, si me dejas. Ya te dije que quiero estar contigo.

— Ya te dije que sí — sonreí.

— Había pensado en pasar el día en casa — dijo y me gustó cómo sonó eso, demasiado... —, pedir comida, ver la televisión... Lo que sea, pero relajados, ¿qué te parece?

— Bien — lo besé y me levanté —. Voy a ducharme — dije mientras me envolvía en la manta.

— Si quieres te acompaño.

— ¿No has tenido suficiente, Víctor?

— Lo que quiero es que no te sientas sola y darte placer.

— Eres un descarado. Pero me encanta que me digas esas cosas — dije con aire infantil mientras lo abandonaba al trasluz.

Cuando llegué al salón, tras la ducha, lo vi escribiendo en el móvil. La tristeza me embargó pensando que sería a la mujer, pero eliminé esa sensación, tenía claro lo que era yo en ese momento.

Pasamos el día así, sin dejar de tocarnos ni besarnos, disfrutando de cada momento que teníamos solos.

— Me gusta lo que me haces — dije yo dejándome llevar por el placer.

— Lo sé y me gusta verte que disfrutas, en serio.

— No dejes de hacerlo. No quiero que te vayas. No quiero que esto acabe, Víctor.

— No tiene por qué terminar.

— ¿Me prometes que no dejaras de darme placer? — pregunté yo, seducida por aquella forma de entregarse a mí en la intimidad de mi casa.

— No hace falta que te lo prometa. Nora eres un sueño hecho realidad y no voy a dejar que te vayas.

Casi no dormimos esa noche, pedí la cuenta de las veces que hicimos el amor y al final acabamos agotados casi al amanecer. Y siempre tenía las palabras adecuadas para que yo tuviera claro que lo que estábamos haciendo era fruto de una relación basada en la pasión y en una complicidad mutua en la que el placer, solamente el placer, dominaba todo.

— Es increíble lo que me está pasando — le dije una de las veces en que caí rendida sobre la cama después de hacer el amor una vez más.

— No es increíble. Es un regalo, Nora.

— Deja los halagos por un momento. Me sonrojas. Cada vez que sueltas una de esas frases, me excitas.

— Por eso lo hago. Porque sé cómo reaccionas.

— Eres un seductor y odio a los seductores — bromeé.

— No soy un seductor, pero si alguien me gusta como tú me entrego en cuerpo y alma.

— ¿Lo ves? Eres un seductor y me dejas sin argumentos, cabronazo — dije de nuevo con un tono irónico.

— A mí me encanta que digas eso, que te enfades y que rías al mismo tiempo, Nora.

— ¿Te gusta provocarme?

— Y hacerte el amor.

— Ya lo veo, Víctor. Estoy agotada.

— Duerme, princesa. Duerme — susurró él, mientras yo cerraba los ojos y caía en los brazos de Morfeo.

Cuando me desperté el domingo, él ya tenía el desayuno preparado. Le di un beso y los buenos días. Él volvió a escribir algo en el móvil y yo intenté ignorar de nuevo el sentimiento de pena o culpabilidad al pensar en su mujer. Pobre.

Me miró fijamente al notarme seria. No supe si había intuido algo, así que cambié mi gesto de la cara y me puse una gran sonrisa que nos relajó a ambos.

El día fue igual que el anterior, intenso. Y demasiado corto.

Cuando se fue, me quedé extraña. Ya no pensaba en los últimos sucesos de mi vida, si no en Víctor.

Cené algo rápido y me tumbé en el sofá pensando en esas horas que habíamos pasado juntos. Estaba cansadísima. El tipo me había dejado sin energía. Pero, ¡cómo necesitaba aquello! Sabía que era una aventura, quizás nunca volvería a repetirse entre nosotros, pero para mí había sido mucho más.

Ese hombre me gustaba más que para un rato y, si eso seguía así, iba a pasarlo mal. Fue entonces cuando sonó el móvil. Era Rocío. Quería tomar café conmigo la semana que viene. Sabía que tenía que quedar con ella y contarle todo lo que me había pasado.

— Estoy feliz, Rocío.

— ¿Has estado con tu nuevo ligue? — preguntó con ironía.

— Se acaba de ir de casa hace un rato — dije con orgullo.

— ¡Qué cabrona! He estado muy ocupada estos últimos días.

— ¿Con Richard?

— ¡Qué va, Nora! Mi madre se ha roto la cadera y he estado en el hospital.

— Lo siento.

— ¿Es bueno en la cama? — preguntó directamente sin cortarse un pelo.

— Lo mejor que he probado — le solté como si estuviese deseosa de que lo preguntara.

— No me digas. Qué rabia. Nos vemos esta semana.

— De acuerdo. Nos llamamos.

Sonreí al colgar. Rocío había sido muy amable al llamarme. Nos unía una ruptura traumática y ahora un feliz encuentro con un hombre. Cerré los ojos y no cesaba de recordarlo a mi lado, sobre mí, besándome, apasionado, sudando, librándome de mi frustración con cada caricia.

Tenía la cabeza hecha un lío y no sabía si Víctor tenía pensamiento de volver a verme, tendría que esperar.

Sonó un mensaje y lo leí expectante al ver que era de él.

***“Estos dos días no voy a olvidarlos en la vida. “***

***“Yo tampoco.”***

***“Descansa, preciosa, y pon esa sonrisa en tu cara. Besos.”***

***“Besos.”***

Suspiré y cerré los ojos. Si no tenía bastante con todo lo que me había pasado últimamente, ahora me metía en un berenjenal así.

Yo y mi maldita manía de complicarme la vida...

## Capítulo 6

Pasé los días siguientes de muy mal humor. El miércoles ya estaba con ganas de golpear la pared. Todo porque no sabía nada de Víctor y la incertidumbre me estaba pasando factura. ¿Se habría aprovechado este cabrón de mi cuerpo y se había olvidado de mí? ¿Estaría en lo cierto mi hermana al haberme aconsejado que ni me acercara a esta clase de hombres?

Tal vez todo había sido eso, una aventura esporádica. Además, él estaba casado. Ahora que estaba más serena intentaba buscar una explicación lógica, si la había, a aquel arrebatado de amor y sexo apasionado. Estaba claro que solo iba a ser una aventura, pero no podía evitar que me afectara porque lo estaba echando de menos. Idiota, sí, pero era lo que sentía.

Mi móvil sonó y lo cogí impaciente.

—¿Sí?

—Bueno, no sé a quién esperas, pero si es a mí y estás tan ansiosa por escuchar mi voz, podías haberme llamado tú.

—Hola, Katy — dije al escuchar a mi hermana.

- Vaya, ya veo que no era a mí. No será que esperas una llamada del imbécil, ¿verdad?

—No — al menos no de ese imbécil, pensé.

—El viernes salimos — dijo como si nada, dándolo por hecho y cambiando el tema.

—Yo no voy a ir a ningún lado.

—Claro que sí, ya conté contigo. He quedado con las chicas para ir al pub de Andy y Lucas y te llevo ya tengo que arrastrarte por las orejas.

—Katy, tengo cosas que hacer.

—Sí, buscar trabajo imagino, algo que no harás de noche, así que deja las excusas porque no hay nada más que hablar. El viernes nos vemos en el restaurante italiano de siempre a las nueve de la noche.

—Pero...

—Ah, intenta ir sin ojeras, hazme el favor.

Miré malamente el móvil cuando me colgó, queriendo mandarla a la mierda. No iba a ir, eso lo tenía claro.

Sonó un mensaje y me dispuse a mandar a mi hermana adonde tenía pensado, pero me quedé de piedra al ver que era de Víctor. De nuevo el corazón volvía a acelerarse y tragaba saliva. De nuevo volvía a temblar porque sabía que su mensaje estaría formado por esas palabras sensuales que tanto me excitaban.

***“No te puedes imaginar cuánto te echo de menos.”***

No supe qué responderle, si tanto me echaba de menos, ¿por qué llevaba días sin hablarme? Era lo que tenía que haberle dicho, pero sabía que no podía reprocharle nada. El tenía una vida y lo nuestro había sido una aventura.

***“Yo también.”***

Le contesté sin pensar, esa era la verdad. Volvió a escribirme y sentí que estaba metiéndome en problemas. Lo peor. Me gustaba que lo hiciera y que lo hiciera de esa forma tan hábil y sugerente.

***“Espero poder verte pronto, tengo ganas de besarte.”***

***“Espero que así sea.”***

No le dije nada más y él tampoco. No estaba de humor y su mensaje me había entristecido porque quería verlo pero sabía lo que había entre nosotros.

Nada...

Intenté cambiar mi humor. Salí a la calle a seguir buscando trabajo, decidida a mantenerme ocupada, así los días pasaban más deprisa. No podía quedarme de brazos cruzados.

Siempre se me había llenado la boca diciendo que quería ser una mujer independiente, una mujer auténtica, una mujer capaz de valerse por sí misma, de evolucionar, de ascender a puestos de mayor responsabilidad y, de repente, me había quedado con una mano delante y otra detrás. No podía consentir eso. No podía olvidar las enseñanzas de mi padre.

Pero mi humor no mejoraba. Mi hermana no dejaba de molestarme recordándome la salida. Yo intentaba ignorarla para no mandarla a paseo, ya el viernes le diría que me encontraba enferma o cualquier excusa que se ocurriera a última hora.

Pero al final hice lo contrario, el viernes estaba que me subía por las paredes, tenía una ansiedad impresionante encerrada en casa, recordaba cada momento que pasé allí con Víctor y mi humor no mejoraba.

Como aún faltaban unas horas para ver a mi hermana, llamé a Rocío, quien vino enseguida a mi casa. Teníamos ganas de hablar de nuestras vidas y yo, en mitad de toda esta confusión, necesitaba a una amiga que tuviera otra visión de la situación. Lo que no sé si empeoraría mi estado de ánimo aquella opinión de Rocío.

—¿Qué te pasa, Nora? Te veo abatida — dijo en el vestíbulo, antes de entrar al salón.

—Nada. Que estoy hecha un lío.

—¿Quieres un martini? No tengo otra cosa.

—Bueno, pues un martini. Hubiese preferido una Coca—Cola light, pero en fin.

—Víctor es un hombre casado — dije yo mientras preparaba las bebidas en mi barra americana.

—Es un problema, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé, Rocío. Soy consciente de que me he metido en medio de una relación.

—No te sientas culpable. Él también es responsable de lo que ha sucedido. ¿Por qué las tías tenemos la manía de sentirnos culpable?

—No lo sé. Pero no puedo pensar con claridad, Rocío.

—Imagino que tiene que ser muy difícil. No puedo aconsejarte, Nora.

—No quiero comprometerte, Rocío. Solamente quería que me escucharas.

—Nora, debes asegurarte de que tienes un futuro con ese hombre. Solamente puedo decirte eso. No te conviertas en un juguete — sus palabras sonaron sabias y aleccionadoras.

—Eso haré.

—Conozco a alguna amiga que lo está pasando fatal en una situación parecida a la tuya. Hazme caso. Que deje a su mujer y venga a vivir contigo.

—Algo así tendré que hacer. Pero el corazón no me deja pensar.

—Entiendo lo que me quieres decir, pero debes hacer de tripas corazón y enfrentarte a la realidad. No puedes vivir en un cuento de hadas toda una vida. Tú necesitas sentirte querida. Solamente tú, ¿me oyes? — comentó Rocío mirándome a los ojos fijamente.

—Gracias por escucharme.

—¿Para qué están las amigas?

—Es verdad. Eres una amiga, Rocío.

Bebimos y reímos porque dejamos de hablar un momento sobre hombres para recordar los viejos tiempos en la inmobiliaria. Rocío tenía que recoger a su madre del hospital. Le acababan de dar el alta. Nos despedimos para vernos pronto de nuevo. Quería saber de mí. Quería que le informara de todo lo que me pasara al lado de Víctor.

Me tomé una copa sola en casa antes de salir con Katy. Había decidido que tal vez me vendría bien emborracharme y olvidar lo mal que estaba mi vida en esos momentos. A mí me había mirado un tuerto, seguro.

Llegué al restaurante y noté la mirada de las tres puestas en mí.

—Bueno, ¿tengo monos en la cara o qué? — pregunté y tomé asiento en la mesa.

—Lo que tienes es un humor de perros — dijo mi hermana resoplando.

—No haberme obligado a salir.

—Te vendrá bien — dijo Sara.

Sara era amiga de mi hermana y mía desde pequeña y la queríamos como una hermana. Divorciada hacía poco, estaba viviendo la vida loca, como ella decía. Vamos, que se tiraba a todo lo que llevara pantalones.

—Pues yo te veo muy bien — dijo esa vez Noelia, la más joven de todas, madre soltera y con la que yo más congeniaba.

Noelia era una cabra loca pero muy sincera y leal. Era la que mejor me caía. No me atreví a decirle nada sobre Víctor porque se lo hubiera contado todo enseguida a mi hermana. Por esa razón, recurrí a Rocío, quien había resultado ser una tía cojonuda.

—Gracias — sonreí —. ¿Habéis pedido ya?

—Sí, lo de siempre — afirmó Katy.

—Estaba deseando salir — dijo Sara —, creía que me iba a morir en casa.

—Saliste anoche — le recordó mi hermana.

—Sí, bueno, pero los universitarios no me dan lo que necesito.

—Tal vez deberías buscar a un hombre de tu edad — dijo sabiamente Noelia.

—¿Me estás llamando asaltacunas? — intervino Sara con cara de pocos amigos.

—Claro, que te estoy llamando asaltacunas y corruptora de menores — dijo mi hermana con seriedad.

—Joder, tía, cuando te pones así, como si fueras nuestra madre no hay quien te aguante — dijo Sara cruzándose de brazos, enfadada, realmente enfadada.

Y así empezó la discusión de siempre en la que el blanco eran los hombres. Dios, no cambiaban. Pero al rato yo estaba partiéndome de la risa. Cada vez iban a peor, pues eran como un nido de víboras dispuestas a morder a cualquiera y me ayudaba a evadir mi mente.

Estuvimos casi tres horas en el restaurante y salimos algo achispadas después de tres botellas de Rioja. Llegamos al famoso pub cuando ya estaba lleno de gente y con ganas de seguir riéndonos.

Ganas que se me quitaron de un plumazo cuando al primero que vi al apoyarme en la barra fue a mi ex. Estaba con la víbora con la que me había engañado y sus ojos se posaron rápido en los míos.

Hice el intento de darme media vuelta e irme pero mi hermana, al verlo, me agarró del brazo.

—Tú no te mueves de aquí.

—No quiero verlo.

—Mira, Nora, no sé qué mierda pasa contigo, imagino que lo de ese gilipollas te ha afectado. Pero esta no es mi hermana, esa que está por los suelos no es la mujer que yo crié. ¿Qué demonios pasa contigo?

Tragué saliva, evitando llorar porque sabía que tenía razón.

—Empieza a sacar ese carácter que siempre admiré, diviértete y que lo jodan, ¿fui clara? Haz lo que tengas que hacer pero quiero a mi hermana de vuelta — dijo Katy con la voz quebrada al final.

—Tienes razón, pero es que tú no sabes por lo que estoy pasando, joder.

—No. No lo sé. Si te soy sincera, no lo sé. Pero te confesaré una cosa: amor y coraje. Recuerda lo que nos dijo papá siempre.

La abracé emocionada, es que la adoraba, y sabía que tenía razón, esa no era yo. Yo no me escondía y menos por un tío que no había sabido valorarme.

Miré al camarero y pedí una ronda mientras mis amigas y Katy sonreían, y yo les guiñaba el ojo. Mi hermana tenía razón, la Nora de siempre tenía que volver y ese era el momento de demostrar que era más fuerte que el imbécil que no me quitaba el ojo de encima.

Varios chupitos después, estábamos todas en la pista de baile, riendo y haciendo el payaso. Por fin me lo estaba pasando de escándalo sin pensar en nada más que en divertirme.

Pero Luis se había propuesto joderme la noche. Lo tuve claro cuando me cogió por el brazo y me llevó a un rincón de la pista. Les hice señas a las tres para que no se acercaran, yo podría con él.

—Vaya, veo que no te ha afectado la ruptura — dijo con ironía.

—¿Debía de afectarme? — pregunté asombrada — Quizás, si el que me hubiera dejado fuera un hombre, sí, ¿pero tú? — sonreí. Sabía que me había pasado con el comentario pero me daba igual.

—Pensé que eras diferente.

Oh, Dios, no se podía ser más cínico.

—Diferente... ¿Diferente a la zorra por quien me dejaste? ¿O diferente a ti?

—Te estás pasando.

—¿Qué esperabas? ¿Qué llorara por ti? Anda y que te den.

—No. No puedo creer lo que está saliendo por tu boca. Te portas como una niña.

—Que te vaya bien, Luis. Disfruta de tu nueva vida que yo ya lo estoy haciendo.

—No me lo creo. Tú no estás con nadie.

—Estoy con alguien y no me tires de la lengua — dije yo con tono amenazante.

—¿A qué te refieres?

—Si quieres un día, hablamos de los tamaños — sabía que con aquellas palabras le estaba hiriendo en su ego.

Lo dejé allí con la palabra en la boca. Me acerqué a mis amigas y me quedé parada al ver a Víctor junto a su mujer en el local. Joder, ¿qué le pasaba a la gente hoy? Todo el mundo había acudido al mismo sitio. Me miraba fijamente a la vez que su mujer charlaba con unos amigos.

Miró hacia otro lado y seguí la dirección de su mirada. Vi cómo sus ojos se posaban unos segundos en Luis y volvían a mí, haciéndome saber que había visto la discusión entre mi ex y yo.

Le sonreí tímidamente y fui a la barra a pedirme algo más de beber. De repente se me había cortado el cuerpo, no tanto por mi ex como por ver a Víctor con su preciosa mujer. Lo seguí de reajo hasta que se quedaron cerca de mí, mis amigas y Katy vinieron a mi lado e intentamos volver a reírme con ellas, pero la ansiedad ya estaba en mi cuerpo.

No podía hacer nada por evitar mirarlo, mis ojos iban cada dos por tres hacia Víctor y

tenía que la mujer notase nada. A él también lo notaba en tensión, era normal.

Luis volvió a dejar a su novia sola y se acercó a mí. Mi hermana, sin dejarlo acercarse, se enfrascó en una discusión con él, pero el imbécil logró llegar a mi lado. Su novio permanecía cerca mirándome altanera. Me daban ganas de estamparle la copa en la cara y borrarle esa mirada de superioridad.

—¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme? — pregunté.

—¿A qué vienes? ¿A buscar un polvo fácil? — preguntó él intentando ofenderme.

—¿Por qué? ¿Lo estoy haciendo mal? Tal vez tengas que darme clases tú, o esa — dije señalando a la barbie de silicona.

—Normal que te haya dejado — dijo él intentando hacerme daño de nuevo, y yo estaba alucinada porque no entendía a qué venía ese ataque, era yo la que había salido dañada y él el mentiroso patológico.

Veía cómo Víctor no nos quitaba ojo, notaba la tensión desde lejos y sabía que quería intervenir pero estaba con su mujer y no podía hacer nada.

—Vámonos — dijo la barbie cogiendo a mi ex del brazo e intentando moverlo, pero él se zafó del agarre, ignorándola.

Ni mis amigas ni Katy entendían nada tampoco ni conseguían echarlo por más barbaridades que le dijeran. Se pusieron las tres a discutir con la barbie y yo miré a Luis con todo el odio del mundo.

En ese momento noté un suave roce en la cadera, supe instintivamente de quién se trataba.

—Si no coges y te vas ahora, Luis, vamos a tener un problema.

La voz de Víctor sonaba tranquila, pero no dejaba lugar a dudas de lo que podía hacerle a mi ex.

—Vaya, Víctor, es bueno verte — dijo el idiota.

—Qué pena no poder decir lo mismo — dijo Víctor.

—No tienes que meterte en esto — le advirtió Luis.

—Te lo repito por si no me oíste. O te vas ahora mismo, o no respondo.

Salió el militar y mi ex, tras pensárselo, acabó dándose la vuelta y marchándose. La tensión abandonó mi cuerpo, Víctor se puso frente a mí.

—El otro día, mirando tu Facebook, vi quién era tu ex. No pude creérmelo, Nora — dijo negando con la cabeza —. Pero bueno, espero que no vuelva a darte problemas.

—Gracias — le dije con sinceridad —, pero no debes arriesgarte.

—Mi mujer salió a fumar, yo solo vine a la barra a pedir algo de beber, no te preocupes. Tenía que pararlo y no sé si al final lo hubiera hecho incluso estando ella.

Vimos cómo su mujer se acercaba y ambos disimulamos. El camarero le entregó la bebida y él las cogió.

—Te echo de menos — dijo al pasar por mi lado.

Mi cuerpo tembló con la frase, yo también lo echaba de menos. Katy, Sara y Noelia volvieron a mi lado e intentaron que volviéramos a divertirnos. Lo intenté pero ya tenía la noche jodida, era complicado viendo a Víctor con su mujer allí.

Llegué a mi casa y caí agotada en la cama. Menuda noche había tenido...

Le agradecía a Víctor el gesto que tuvo conmigo, pero el dolor por verlo con ella era mayor que nada. Yo era esta vez la otra, o lo había sido.

Cerré los ojos intentando dormir. Ya al despertarme me comería la cabeza.

## Capítulo 7

Me pase todo el domingo tirada en el sofá. Estaba muy mal por la situación que había vivido la noche anterior, pero, por otro lado, me sentía muy agradecida con la actitud que había tenido Víctor.

Sentí una ligera envidia sana de verlo con su preciosa mujer. Víctor era todo aquello que jamás había creído imaginar que se podía sentir por un hombre de forma tan rápida. Jamás podré borrar de mi cabeza aquellas veinticuatro horas que pasamos juntos en mi casa, menos aún el momento que lo tenía dentro de mí y lo abrazaba por esa sensual espalda. Además tenía un olor corporal que daban ganas de morderlo, estaba enamorándome hasta las trancas...

Me tiré todo el día viendo pelis, revisando las redes sociales y viendo su perfil. Por la tarde recibí un WhatsApp del que me sacó una sonrisa.

***“ Estoy deseando cogerte de nuevo.”***

Joder y yo también tenía ganas de acostarme con él. Pero no me esperaba que fuese capaz de escribir algo tan directamente. Me daban ganas de decirle que dejara todo y se viniese conmigo, pero me tenía que morder la lengua y esperar a volver a tener otra oportunidad de esas. Como su mujer echara un vistazo a su móvil, menuda sorpresa se llevaría. Pero no quería pensar en eso.

Se me ocurrió responderle con una pregunta a modo de indirecta.

***“¿ Qué día me dijiste que tenías guardia como la de ese día?”***

Me hizo gracia mi pregunta y esperé impaciente la suya.

***“ Por ahora lo voy a tener complicado ya que no colaría, pero no te preocupes que te llevarás más de una sorpresa.”***

Buena cosa me había dicho. Con lo impaciente que soy y que me soltara en eso de que me llevaría alguna sorpresa, me dieron ganas de comerme el móvil. No sabía ni qué

responder. Me tenía atacada de los nervios.

*“ A sus órdenes, esperaré impaciente...”*

Solo de pensarlo ya me estaba poniendo a mil...

El lunes por la mañana me levanté temprano y, después de desayunar, me fui a un supermercado a hacer una compra para toda la semana ya que estaba el frigorífico temblando.

No podía dejar de pensar en él. Estaba deseando que me mandase un mensaje, de esos que me sacaban una buena sonrisa. De vez en cuando me venía el recuerdo de su mujer a la cabeza y se me cortaba un poco el cuerpo. No me gustaría estar en el lugar de esa mujer. Porque no me gustaría que me estuviesen haciendo eso, lo que yo tanto había odiado de algunos hombres y mujeres, la infidelidad.

Luis lo había hecho conmigo y ahora yo lo hacía con aquella pobre mujer. Ya era demasiado tarde y Víctor había entrado en mi corazón de forma muy deprisa. No me sentía con fuerzas para decidir. En esos momentos, me encontraba a sus pies completamente, o mejor dicho, a sus órdenes.

Volví a casa y me dispuse a hacer varias comidas y luego a congelarlas en diversas fiambreras. Tenía ganas de pasar la tarde cocinando, pues quería despejar la mente.

Aproveché para comer y luego seguí cocinando. Cuando me iba a preparar el café sonó el timbre de la puerta y me entró mala leche solo de pensar que mi hermana venía a calentarme la cabeza con el tema de que no llorase más por mi ex. Abrí con una sonrisa irónica para que la detectase nada más verme.

—¡Coño! — grité al descubrir que era Víctor.

Una preciosa sonrisa le salió al escucharme.

—¿ Esperabas a otro quizás?— dijo mientras me guiñaba un ojo.

—Anda, pasa, dije levantando la mano como para darle una colleja.

Cerré la puerta y rápidamente se vino hacia mí para apretarme contra su cuerpo y para empezar a mordisquear mis labios. Cómo me gustaba que hiciera esa clase de tonterías.

—Tenía muchas ganas de verte y sobre todo tocarte — dijo mordiéndose el labio y apretando bastante fuerte mi culo contra el suyo.

—Sabes que esto no está bien...

—Lo que no está bien es que yo no te hubiese conocido antes — dijo mientras me seguía mordiendo los labios.

—Si me conocías.....

—Bueno pero tú no te dejabas seducir.... — dijo mientras me seguía apretando y jugueteando de forma muy seductora.

—Ni que lo hubieses intentado — dije mientras él me arrastraba hacia el sofá y me tumbaba para tirarse encima de mí.

—Eres un seductor. Creo que ya te lo he dicho.

—Sí, pero dímelo todas las veces que te apetezca.

—Qué tonto eres — dije yo risueña.

—No soy tonto. Estoy loco y tú también lo estás — sus palabras sonaron simpáticas.

Comenzó a tocarme como solo él sabía hacerlo y rápidamente terminamos haciendo como locos el amor, más que hacer el amor eso fue... ¡el polvo del siglo!

Me hacía disfrutar como nunca antes lo había hecho nadie. Estaba descubriendo decenas de formas de obtener placer gracias a aquel hombre. Había perdido el tiempo con Luis y eso me jodía.

Me jodía pensar sobre todo cómo se me había escapado un hombre como aquel. Y seguramente no sería el único. De nuevo achacaba a la mala suerte que yo no hubiese dado con un hombre maravilloso como aquel. O quizá no era tan maravilloso si le preguntábamos a su esposa. Es lo que diría mi hermana enseguida.

Se quedó conmigo dos horas y luego se fue, como siempre sin dejar la más mínima pista de qué pasaría después... Esa noche no volvió a fallar su mensaje de buenas noches y yo le contesté. Tenía ganas de excitarlo o de que él me excitase, porque no se le daba nada mal sorprenderme con sus ingeniosas e insinuantes frases.

***“Buenas noches, princesa, no temas a la oscuridad. Estoy contigo. Yo soy tu noche”***

***“Gracias. Déjate de cursiladas”***

***“Pensaba que te gustaban las cursiladas. A muchas mujeres les gustan que les regalen el oído”***

***“A mí me gustan otras cosas y tú sabes cuáles son”***

***“Yo sé lo que a ti te gusta”***

***“Eres un cabrón. Me excitas y me haces sufrir al mismo tiempo”***

***“Es una de las cosas que más te ponen”***

***“Seguramente. Tu cuerpo es la siguiente”***

***“Todo tuyo y me encanta que me lo digas, y me encanta tu culo y abrazarte en la oscuridad”***

***“Ojalá lo pudieras hacer ahora”***

***“No puedo. Pero imagina que estoy a tu lado y que mis brazos te estrechan. Imagínalo”***

***“Lo estoy imaginando y es increíble. No me dejes ahora”***

***“No lo voy a dejar y no te voy a dejar”***

***“¿Con cuántas mujeres has salido? ¿Con cuántas mujeres has tenido una conversación***

*como esta?"*

*"Con nadie. Solamente contigo"*

*"No me lo creo, Víctor. No me mientas"*

*"Buenas noches, princesa"*

Parece que aquellas preguntas no le gustaron y amablemente cortó la conversación. O simplemente se encontraba incómodo porque estaba tratando de averiguar aspectos de su vida que aún no quería revelarme. Durante esa semana, seguimos con los mensajes y Víctor continuaba con esa actitud de conquistador nato. Yo no me frenaba. Yo le contestaba para picarlo o para saber cosas de él. Recuerdo una mañana en la que leí un mensaje en mi cama. Aún no había amanecido.

*"Buenos días, cariño, lucero del alba. Despierta tú para que despierte el día."*

*"Eres un cursi."*

*"No soy un cursi."*

*"Sí lo eres. Pero me gusta que lo seas y que sigas despertándome y dándome las buenas noches."*

*"Es una forma de acordarme de ti siempre."*

*"No puedo olvidarme de ti, Víctor. Necesito verte cuanto antes."*

*"Todo a su tiempo. Todo llegará y cuando menos te esperes."*

*"¿Qué quieres decir? ¿Ya estás de nuevo con las sorpresas?"*

*"Sí. Dejemos que el destino intervenga."*

*“No seas cabrón, Víctor. Quiero verte. Y ya.”*

*“No puedo todavía. Pero presiento que nos veremos pronto, Nora.”*

*“No puedo seguir más con estos juegos de quinceañero.”*

*“¿A ti te parece que lo que hacemos es cosa de quinceañeros?”*

*“No me líes. Ven conmigo. Ven a casa, por favor.”*

*“Nora. Todo a su tiempo. Mira por la ventana. El sol ya ha salido. Ha sido despertar tú y amanecer. Un beso, amor.”*

*“Un beso, Víctor.”*

Es cierto. Había amanecido y la ciudad resplandecía bajo el sol que refulgía sobre los tejados. Estaba ilusionada y triste al mismo tiempo. ¿Cuándo vería a Víctor de nuevo? No quería escuchar las voces en mi cabeza, esas voces que me animaban y me regañaban continuamente, así que llamé a Rocío. Quería hablar con ella, sin otro fin que desahogarme. Marqué y enseguida se puso.

—Perdona que te despierte, Rocío.

—¿Qué sucede? No te preocupes. Estaba despierta hace un rato. No me pierdo mi sesión de Pilates. A Richard le encanta que hagamos cosas juntos y el Pilates es una de ellas.

—Qué suerte, Rocío. Yo no tengo tanta suerte con los tíos.

—Pero, ¿cómo te va con tu ligue?

—Mal. Por eso, te llamaba. Estoy más que confundida — dije yo con un nudo en la garganta.

—No te puedes venir abajo, Nora. Sé fuerte.

—No puedo. Cuando estoy con él, nos besamos, nos amamos, hacemos el amor como dos animales en celo. Pero luego viene el bajón y nos tenemos que despedir.

—Lo entiendo. No puedes sufrir así.

—Luego me envía mensajes ... — no me dejó acabar la frase.

—Mensajes que te excitan, que te dicen que eres la persona más importante de su vida  
— dijo Nora como una autómata.

—Eso es. Y yo le contesto.

—Entras en el juego, Nora. Y te haces de unas ilusiones que no se cumplen.

—No sé qué hacer, Rocío.

—Debes ser paciente. Seguramente, si no es un putero, él también lo esté pasando mal y esté buscando una manera de solucionar su vida matrimonial. Aquí tienes dos opciones.

—¿Qué opciones, Rocío?

—Una, disfrutar y follar hasta que uno de los dos se canse o dos, romper y abandonar. No tienes más salidas.

—¿Qué hago, Rocío?

—Está claro, chica. Disfruta y follátelo, y, llegado el momento, si él no quiere romper, lo dejas. Déjalo tú, pero mientras aprovecha y mávalo a polvos.

—Qué bruta eres — dije yo con un tono irónico.

—Es la realidad. Es lo que yo voy a hacer con Richard. Si luego la cosa no funciona, hasta luego.

Seguimos hablando un rato y nos despedimos. Quedaríamos como siempre algún día que nos viniera bien. Agradecí las palabras de Rocío y, aunque no me quitaron esa tristeza de encima, añadieron una nueva visión a las cosas. Y siempre llevaré en mi corazón su generosidad. Los días se sucedieron y Víctor siguió con su juego de mensajes sutiles y sensuales. Y yo, como una tonta, contestaba.

## Capítulo 8

Estaba casi llegando a casa. Era la hora de cenar y yo venía agotada de patearme la ciudad y dejar currículums en todos los sitios, tuvieran o no vacantes.

Por mi salud mental necesitaba trabajar pronto. Lo peor es que, como yo, había millones de personas en este país. ¿Cómo había podido pasar en este país todo esto?

Mierda de crisis. Todo esto ya se veía venir cuando trabajaba en la inmobiliaria. Los pisos se vendían a decenas y los bancos daban préstamos sin cesar. Algún día tenía que reventar todo esto, como así fue. Lo que nadie esperaba es que fuese a ser tan pronto.

Entré en un restaurante chino, me entró hambre al pasar por la puerta. Me senté en una mesa para cuatro que había en una esquina y pedí un refresco. Estaba ensimismada mirando el móvil cuando este casi se me cae de las manos al escuchar su voz.

—Hola, Nora.

Levanté la mirada rápidamente y casi se me cae el mundo encima al verlo agarrado de la mano de su mujer. ¿Podía tener yo más mala suerte?

—Hola — puse la mejor sonrisa que pude.

—Rebeca — dijo mirando a su mujer —, ella es Nora, una vieja amiga del instituto.

Me levanté y la saludé con dos besos, era realmente guapa, una morena espectacular. Tan diferente a él, tan rubio, tan...

Apagué mis pensamientos y me dispuse a ser la mejor actriz del mundo.

—Me suena de haberte visto antes — dijo ella, simpática.

—Oh, no sé, la ciudad es pequeña.

—¿En el pub? — miró a su marido.

—La vi allí y la saludé, no me dio tiempo a presentártela — dijo él.

Los tres sonreíamos y yo quería que la tierra me tragase.

—¿Cenas sola? — preguntó ella.

—Sí, vengo de echar currículums y no me apetecía ponerme a hacer la cena.

—Está todo el mundo igual, la crisis... — siguió mientras yo pensaba cuándo se irían y me dejarían, lo estaba pasando mal — ¿Por qué no nos sentamos con ella, amor? — le preguntó a Víctor ante mi desconcierto.

—Claro, si Nora quiere, sin problemas.

—Claro que sí — me senté y les hice una seña para que hicieran lo mismo y se sentaron frente a mí.

—Será un placer hablar contigo un rato, Nora — dijo aquella mujer esbozando una sonrisa.

—Lo mismo digo — fingí una sonrisa leve.

No podía creerme lo que estaba pasando. Iba a cenar con mi amante y su mujer. Si mi hermana me viera, me agarraría de los pelos y me sacaría del restaurante para encerrarme en un manicomio. Todo aquello parecía digno de una comedia.

El camarero llegó rápidamente y pidieron sus bebidas y algo de comer. Ella sonreía sin parar y yo quería salir corriendo de allí. Joder, encima era simpática... ¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo era posible que yo hubiera caído tan bajo? Madre de Dios.

Estuvimos charlando y explicándole a ella sobre nuestra época en el instituto, contando algunas anécdotas y al final acabé bastante relajada. Me caía bien la mujer.

—Veo que, en el instituto, lo pasábais muy bien. Yo no tuve tanta suerte. Fui a un colegio de monjas y luego a un internado — dijo Rebeca con un tono amable.

—Aquellos años fueron maravillosos, ¿verdad, Víctor?

—Fueron años de rebeldía — dijo él sin dejar de sonreír.

—¿Cómo era mi marido en aquellos tiempos?

—Nora, por Dios, no me saques los colores.

—Era guapo como ahora. Tenía alguna que otra novia. No era un muchacho brillante, pero recuerdo que destacaba en Gimnasia. Era popular. Sí. Puedo decir eso. Puedo decir que era un chico muy conocido también entre los profesores.

—¿Se portaba mal en clase? —preguntó ella intrigada.

—No. Ni mucho menos. Tenía buen corazón. Recuerdo una vez que acabó dándole una paliza a unos idiotas que no dejaban de meterse con un chaval que venía de otro país.

—Me expulsaron.

—Sí, pero fue una causa justa y aquellos idiotas ya no se metieron con nadie — dije yo con un tono enérgico.

—Es verdad. A muchos profesores les dolió mucho que me expulsaran, pero tenían que hacerlo —dijo Víctor con tono serio.

—Por eso, me encanta este hombre — su mujer dijo besándolo después en la mejilla.

—Sí, durante mucho tiempo, para muchos y para muchas fue un héroe — dije yo, poniéndome celosa al ver a aquella pareja que parecía sólida y totalmente enamorada.

Quería matarlo por ponerme en esa situación. Quería matar a Víctor. Como se podía ser tan cabrón. ¿No había restaurantes en la ciudad que tuvo que elegir ese? El karma, no podía ser otra cosa.

—¿Y llevas mucho sin trabajar? — preguntó Rebeca.

—No, poco días. Tengo bastante tiempo de paro pero no soy de quedarme quieta en casa, se me cae encima.

—Yo soy igual, con lo que gana Víctor tenemos de más, pero yo prefiero seguir con mi trabajo, me mantiene ocupada.

—¿En qué trabajas?

—Soy profesora de Literatura en la Universidad. Me encanta mi trabajo.

—Yo era malísima con esa asignatura — dije riéndome.

—No eres la única — rio ella y me guiñó el ojo —. Lo más difícil de llevar es el trabajo de él, tantos días desaparecido, pero te acostumbras.

—Lo entiendo.

—Luego, cuando viene, lo pillo con más ganas — dijo riéndose de una forma sutil.

—Imagino que no es fácil ser la esposa de un militar.

—Nunca lo ha sido. Cuando hablas con otras esposas, te das cuenta que todas sufrimos mucho. En las últimas misiones, lo hemos pasado realmente mal — dijo ella con ojos tristes.

—Bueno. No debemos pensar en eso. Ahora tenemos que celebrar este momento y ya está — dijo Víctor con un tono alegre.

—Tienes razón, Víctor. Rebeca no pienses en las cosas malas. Míralo por el lado positivo. Tu marido está haciendo una labor muy importante por este país — dije yo remarcando lo de “marido”.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. Pero no es fácil acostarte sola y pensar que a lo mejor a Víctor le ha pasado algo — me dolía escuchar a aquella mujer que parecía realmente enamorada de su marido.

Seguimos charlando y Víctor apenas participaba en la conversación. Me miraba demasiado y me ponía nerviosa, o era cosa mía o no entendía como la mujer no se daba cuenta.

Pedimos el postre y nosotras seguíamos a lo nuestro. Acabamos intercambiándonos el número de móvil para volver a hablar. Era una locura, yo me estaba acostando con su marido y ahora íbamos a ser tan amigas. Aquello era incomprensible. Me gustaría saber qué opinaba Rocío de todo esto. Seguramente haría lo mismo que Katy, arrastrarme de los pelos y encerrarme en un manicomio.

—¿Y tienes pareja? — preguntó ella.

Me atraganté con el café. Víctor se levantó y medio unos golpecitos en la espalda hasta que se me pasó.

—Su ex es un cabrón — dijo él al sentarse, sin paños calientes.

—Amor... — le riñó ella.

—No, tiene razón — dijo yo tras mirarlo malamente —, un gilipollas que me dejó por otra, Víctor lo conoce de hace tiempo también.

—Hay mucha lagarta suelta — dijo ella muy seria para apoyarme.

Me sentí más que avergonzada, en ese caso yo era una de esas lagartas y la pobre ni lo sabía. Quería morirme. Qué vergüenza estaba pasando. Pero recordaba las palabras de Rocío. Yo no debía sentirme culpable. Él era un buen cabrón también.

—No creo que Nora tenga problemas con su vida sentimental, seguro que ya tiene a alguien — dijo él, picando.

Su pierna rozó la mía por debajo de la mesa y yo hacía todo lo posible por disimular el escalofrío que me entró. Este tío estaba loco. ¿Por qué estaba provocándome de esa manera? ¿Por qué?

—Seguro que sí, eres guapísima — me alabó Rebeca.

—Pues no, estoy sola, nadie en mi vida. No quiero un hombre ni regalado — dije con la mejor de mis sonrisas y le di un pisotón a él para que me dejara en paz.

—Eso dices ahora, cuando llegue el adecuado, no dirás lo mismo — rio Rebeca.

—No creo, parece que me van los gilipollas — dije para picarlo a él, se la debía por meterme en esa situación.

Esa vez fue su mano la que, por debajo de la mesa, me dio un apretón en la rodilla y yo volví a pisarlo. No podía jugar con fuego. No podía, pero aquel juego me estaba excitando cada vez más. Estaba viviendo en una continua contradicción. Miedo y pasión se daban la mano.

Me despedí de ellos nada más terminar el café. Se negaron a dejarme pagar, así que me fui con la excusa de que estaba agotada y quería irme a dormir pronto.

Quedamos en vernos de nuevo y en hablarnos por WhatsApp y salí de allí como si me persiguieran los demonios. Llegué a mi casa en cuestión de minutos, me descalcé y me tiré en el sofá. Aproveché para ponerme unos documentales en inglés a ver si me olvidaba un poco de todo aquello. Pero los documentales sobre la cría del cerdo ibérico y sobre la trucha irisada me estaban poniendo de los nervios.

Apagué la tele y miré un rato por la ventana. No había nadie en el parque. Miento. Un borracho al que no tardó en llevarse la policía. Solamente sabía dar voces.

No podía creer lo que me había pasado. Era cosa de locos. Comiendo con él y su mujer... Si es que lo que no me pasara a mí...

Me sentí culpable por lo que estábamos haciendo, ella era una mujer encantadora y yo me estaba acostando con su marido.

Ni cuenta me di de que me había quedado dormida hasta que me despertó el mensaje del móvil. Era él.

***“Ni te imaginas cómo me ha gustado cenar contigo.”***

***“Eres un cabronazo.”***

Lo dije en plan broma, pero lo pensaba. Su respuesta fue rápida.

***“Así será más fácil.”***

***“¿El qué?”***

***“Poder vernos fuera, ella piensa que eres una amiga.”***

***“Espero que no sepa que te estás follando a esa amiga.”***

***“Y volveré a hacerlo pronto. Descansa, princesa.”***

***“Tú también.”***

***“Por cierto, estaba y estoy deseando besarte.”***

Ignoré ese comentario y me fui a la cama. Joder, en menudo lío me había metido. Lo peor de todo era que no tenía ninguna intención de terminar con él.

## Capítulo 9

Mientras tomaba el café de aquí el viernes por la mañana, recibí un WhatsApp y pensé que era Víctor. Mi sorpresa fue al descubrir que era su mujer Rebeca.

***“Mañana hacemos una barbacoa en nuestro chalet de Chiclana, te paso la ubicación, te esperamos sobre la 1. No me vale un no. Nos vemos.”***

Me quedé muerta, además me lo había soltado con una ligereza que era impensable para mí. Lo que me faltaba era verme al día siguiente envuelta con ellos en una barbacoa en su chalet, pero, bueno, pensándolo bien, estaría al lado de mi Víctor y no fantaseando dónde estará o si me pondrá un mensaje.

Esto no era vida, Dios mío. Esto no era vida.

***“Gracias, Rebeca, allí estaré.”***

Volví a recibir un mensaje un rato después y esta vez era de Víctor.

***“Me ha dicho un pajarito que mañana vendrá a mi barbacoa una de las mujeres más bonitas de este mundo, cosa que me ha llenado de alegría y satisfacción.”***

Sonreí como una idiota, me alegraba saber que a él le hacía también ilusión que yo estuviese allí. Le contesté con mi ironía habitual y él entró enseguida en el juego.

***“Eres un cabronazo. ¿Cómo me haces esto?”***

***“¿El qué?”***

***“Una barbacoa con tu mujer. ¿No tuviste bastante en el restaurante?”***

***“Se ha empeñado, Nora. Se ha empeñado. Le caíste muy bien. No he podido hacer nada. Cosa del destino”***

***“Me pones en un aprieto. Yo quiero verte, pero no así”***

***“No podemos levantar sospechas. Vente y te prometo que todo transcurrirá con total normalidad”***

***“¿Cómo en el restaurante, Víctor?”***

***“Te lo pasaste bomba, Nora. Sé que disfrutaste mucho”***

Me tuve que detener. Porque no le faltaba razón. Sus roces y miradas me excitaron mucho y aquel juego de seducción, mientras yo conversaba amigablemente con su mujer, me pareció de las cosas más arriesgadas y divertidas que había hecho en mi vida.

***“Lo hago por verte a ti, Víctor”***

***“Estoy deseando verte, cariño, aunque sea con mi mujer al lado”***

***“Lo que estamos haciendo no está bien”***

***“Quiero que disfrutes y que lo hagas conmigo. No importa quién está cerca de nosotros, Nora”***

***“Sí, importa, Víctor”***

***“No. No importa. Yo siempre estoy a tu lado, aunque no me tengas presente”***

***“Vuelves a ser un cursi”***

***“No. Eres tú quien me obliga a que yo escriba estas cosas”***

***“Te veo entonces allí, Víctor”***

***“Un beso, guapísima, luz de mis días y de mis noches”***

Y me pasé el día sonriendo como idiota. Solo dejaba de hacerlo cuando los remordimientos venían, pero pensar en Víctor me hacía olvidarme de todo. Estaba deseando verlo, aunque supiera que estaba prohibido para mí. Pero ese hombre me volvía loca. Sentía demasiado y quería tenerlo cerca, aunque no pudiese tocarlo.

El día se me hizo eterno y por la noche caí rendida en la cama y volví a leer nuestros mensajes y sus buenas noches no faltaron, lo que demostraba que estaba pendiente de mí.

***“Duerme, princesa, duerme conmigo aunque no esté cerca de ti. Suéñame y nos tocaremos”***

Me levanté al día siguiente. Me di una ducha y me vestí con unos vaqueros ajustados y una camisa, dejándome varios botones sin abrochar para provocarlo un poco. Me recogí mi larga melena en una cola alta y me maquillé sin abusar de los cosméticos.

Llegué un poco más tarde de la hora a la que habíamos quedado, pues me había puesto a dar varias vueltas para llegar tarde a propósito a ver si así controlaba mis nervios. Entre las ganas de verlo y el remordimiento por lo que le estaba haciendo a su mujer, me iba a dar un infarto.

Aparqué el coche dentro cuando las puertas del chalet se abrieron. Estaban los dos esperándome en el jardín.

—Me encanta tenerte aquí — dijo ella después de darme un abrazo.

—Yo también estoy encantada — sonreí.

Víctor no se cortó y me dio otro abrazo.

—Ciérrate ese escote — ordenó en mi oído.

—Encantadísima de estar, sí — dije yo, disimulando, ni de coña me lo iba a cerrar.

Rebeca me ofreció una copa de vino y Víctor se fue a preparar la barbacoa. No había nadie más y eso me extrañó.

—Cuéntame, te veo mucho mejor — dijo Rebeca.

—Intento no pensar demasiado en mis problemas. Sigo buscando trabajo. Me está costando más de lo que pensaba.

—No te preocupes. Con tu talento, tu experiencia y esa belleza natural seguro que más temprano que tarde encuentras un trabajo — dijo Rebeca intentando animarme.

—Te agradezco los halagos. Espero encontrar pronto algo. Si no es así, me replantearé buscar trabajo en otra ciudad — mis palabras pusieron en alerta a Víctor que me lanzó

una mirada asesina.

—Seguro que no será necesario — dijo él dolido.

Le conté a Rebeca que me había pateado ya la ciudad varias veces, pero que sobre lo de mi ex estaba tranquila y con ganas de seguir. Las dos conversamos animadamente y preparamos la mesa cuando Víctor empezó a tener la carne lista.

En ese momento, escuchamos cómo pitaba un coche, Víctor hizo que se abrieran las puertas y un BMW entró por ellas. De él se bajó un tío que dejaría sin aliento a cualquiera y yo estaba dentro de esas cualquiera.

—Guapo el morenazo, ¿eh? — dijo Rebeca a mi lado.

—Tú siempre tarde — le dijo Víctor al abrazarlo.

—No me dejaban salir de la cama — dijo el morenazo entre risas.

Vaya, un fantasmón, pensé.

Se acercó a nosotras y me lo presentaron. Era el hermano de ella, lo entendí al tenerlo cerca y ver el parecido. Tenía un rostro perfecto y yo, si no fuera por Víctor que carraspeó solo para que yo lo oyera, aún estaría babeando.

—Así que os conocéis de toda la vida — preguntó Sergio, el tiarrón, después de la presentación oficial.

—Sí, estuvimos muchos años sin vernos y nos reencontramos hace poco — le dije yo.

Nos sentamos a la mesa y empezamos a comer.

—Pues tú y yo tenemos que quedar a tomar algo y me cuentas trapos sucios del prenda — me dijo Sergio con un tono desenfadado.

—Cuando quieras, pero no lo conocí en su época mala.

—No creo que la tenga, este tío es un santo.

—Estoy aquí — se quejó Víctor.

—No sé ni cómo se volvió militar — lo ignoró Sergio.

—Por lo mismo que tú, imagino — dijo Rebeca defendiendo a su marido.

—Estás demasiado enamorada — suspiró Sergio —, pero no hay comparación.

—¿También eres militar? — pregunté.

—Sí, así nos conocimos y por eso conoció a mi hermana. A veces tengo remordimientos — bromeó Sergio.

Empezaron a contar cómo era la vida de un militar y yo sonreía viendo el buen rollo que había entre todos. Cuando terminamos de comer, me levanté para ayudar a Rebeca a recoger la mesa pero no me dejaron. Sergio lo hizo, así que me quedé sentada frente a Víctor.

—¿Quieres que te regale un babero? — preguntó enfadado.

—¿De qué hablas? — no lo entendía.

—No sé, quizás por cómo lo miras.

—¿Qué hago? ¿Te miro a ti?

—Joder, no puedo con esto — se pasó las manos por el pelo —. Lo siento.

—Relájate, a mí también me cuesta.

—Pero quiero besarte — dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Y yo que lo hagas — dije con sinceridad.

—Sabes que aquí no puedo.

—No sé por qué me habéis invitado. Estoy haciendo la gilipollas.

—No. Nada de eso. Necesitaba verte. ¿Acaso era pedir mucho? — dijo él enrabiado.

—No tienes ni idea de lo grave que es todo esto y lo incómodo que es para mí — dije yo ofendida.

Su mujer y su cuñado volvieron y ambos disimulamos. Empecé a reírme de los nervios, pues todo era surrealista.

Un rato después ya estábamos todos achispados de tanto beber vino, ofrecieron que me quedara a cenar y acepté. Me estaba divirtiendo más de lo que pensé. Y Sergio estaba siendo amable y simpático conmigo, así que yo estaba encantada. Podía ver que Víctor estaba cada vez más celoso y aquella sensación me gustaba. Y mucho.

Después las palabras duras que intercambié con Víctor, volvió el buen rollo. Pareció entender que él no tenía razón y que, en todo caso, sería yo quien pudiera reprocharle nada, pero tampoco sería justo. Sabía en lo que me metía desde el principio, para bien y para mal.

Les pregunté dónde estaba el servicio y fui. Me eché un poco de agua en la cara al cerrar la puerta del baño, tenía demasiado calor. Al salir vi a Víctor solo en la cocina y entré, manteniendo las distancias.

—Le gustas — me dijo mirándome.

—¿A quién?

—A mi cuñado, pero no sé de qué me extraña, viniste provocando.

—Yo no hice eso — negué —. ¿Qué haces? — pregunté poniéndome a su lado.

—Preparar la carne para después.

—No pienso comer más carne en la vida.

—En barra así — dijo riendo y puse los ojos en blanco al oírlo.

—No seas cerdo — me quejé.

—¿Cerdo? — preguntó Rebeca entrando en la cocina y me puse tensa.

—Sí, Nora me decía que hacía años que no comía cerdo — dijo Víctor.

—¿Eres vegetariana? — preguntó ella horrorizada — Oh, lo siento...

—Oh, no — empecé y me cortó.

—¿Musulmana? Oh, por Alá... — gimió ella de nuevo.

Víctor se reía viendo la cara descompuesta de su mujer y yo lo estaba pasando fatal.

—Que no, que se está quedando contigo — dije desesperada.

—Joder, menos mal. Qué susto me llevé.

Salió de la cocina tan tranquila y yo me quedé mirando la puerta sin entender nada.

—¿Está bien? — le pregunté a Víctor.

—Ella es así — dijo él encogiéndose de hombros.

Me dio un beso rápido en los labios y yo salí corriendo de la cocina. Maldición, se le iba la cabeza.

Cenamos en el porche y acabamos con otras dos botellas. Me despedí de ellos agradeciéndoles el día tan bueno que habíamos pasado allí y de Sergio quedando en aceptar su invitación algún día. Todo esto sucedía mientras Víctor me fulminaba con la mirada.

Si tenía problemas antes por acostarme con un hombre casado, encima me hacía amiga de su mujer.

Lo mío era de psiquiátrico...

## Capítulo 10

Estaba reventada el domingo tirada en el sofá y no paraba de recibir WhatsApp por parte de Víctor.

***“Ayer me quedé malo perdido, si no hubiese sido porque no estábamos solos, no sé que hubiese quedado de ti hoy.”***

Me hacía mucha gracia con la bestialidad que me soltaba todas esas cosas. Me hacía babear como una niña pequeña, pero, por otro lado, sentía que todo estaba adquiriendo un cariz peligroso y que, en cualquier momento, Rebeca nos descubriría.

***“Estamos locos, no sé cómo he sido capaz de verme envuelta en una situación como esa que vimos ayer en tu chalet.”***

***“Miro a todos lados para ver si encuentro algo que sea de ti. Me estoy volviendo loco. Te has convertido en una parte muy importante en mi vida. ¿No te has dado cuenta todavía?”***

Apreté el móvil contra mi pecho, pues ese tipo de frases eran las que me hacían enloquecer.

No tenía ni idea de cómo terminaría esto. Solo sabía que estaba enamorada de él y que no me importaba el resto del mundo. No se me ocurrió otra cosa que llamar a Rocío. No pensaba en llamar a Katy, porque mi hermana era capaz de plantarse en casa de Víctor y montar el pollo del siglo.

Por esa razón, me pareció conveniente llamar a Rocío, que se estaba convirtiendo en una amiga necesaria. Tanto tiempo trabajando con ella y no me había dado cuenta de la persona tan especial que me había perdido. Marqué el contacto de Rocío y respondió enseguida.

—Nora, qué alegría. Me estaba acordando de ti ahora mismo.

—¿Y eso?

—Richard me estaba comentando que tenía que mejorar mi inglés y le he comentado que tú te manejabas muy bien con el idioma, y que siempre me había dado envidia verte hablar en inglés.

—Total ... y ¿para qué me ha servido? — dije con pena.

—No seas pesimista. ¿Qué te ha pasado ahora con Víctor?

—Me presentó a su mujer, cené y comí con ellos y volví a cenar — dije secamente.

—No me jodas. Me dejas sin palabras. Creo que has cruzado una línea que no deberías haber cruzado nunca.

—¿Lo dices en serio? —pregunté con miedo.

—Lo digo en serio. Muy en serio. Creo que debes salir de ahí. Todo esto puede afectarte psicológicamente. No te estás dando cuenta. Pero lo que me has confesado raya el absurdo — dije con un tono serio.

—Estoy muy enamorada.

—Y él está jugando contigo. Solamente te estoy dando mi opinión. Puedes matarlo a polvos, como te dije, puedes exigirle que te aclare vuestro futuro, pero cenar y comer con su esposa me parece que es propio de enfermos. No quiero ofenderte, Nora.

—No. No me estás ofendiendo. Tú siempre estás ahí para ayudarme.

—Y lo estaré siempre, Nora.

—Estoy actuando mal. Estoy confusa — dije yo llorando.

—Nora, estás perdida. Luis fue un cabrón y te dejó tocada y este hombre ha llegado a ti para aprovecharse de tu fracaso emocional. Creo que no puedo ser más sincera, joder — sus palabras estaban cargadas de sabiduría.

—Nunca lo he visto así, Rocío.

—Sí lo has visto. Lo que pasa es que no quieres verlo.

—Tenemos que quedar, Rocío.

—Quedaremos, pero ahora debes reflexionar, Nora. Llámame cuántas veces necesites.

—Un beso y gracias.

—Otro beso para ti, cariño — se despidió con un susurro.

Por la noche me fui a cenar a casa de mi padre ya que me lo había dicho infinidad de veces y ya llevaba demasiados días ignorándolo, así que me planté allí y, entre los dos preparamos, una ligera cena y estuvimos charlando hasta las dos de la madrugada.

—¿Cómo van las cosas, Nora?

—Papá, van —dije entristecida—. No encuentro trabajo.

—Lo sé, hija. Katy me ha dicho que te ve un poco perdida — mi padre pronunció la misma palabra que Rocío, “perdida”.

—Estaba acostumbrada a una rutina y el hecho de no tener trabajo me pone de mala hostia.

—Nena, esa boca. Yo no te he enseñado eso.

—Lo siento, papá. No era mi intención.

—No pasa nada. Te puede hacer una pregunta.

—Me das miedo, papá — dije yo con temor.

—¿Te está molestando Luis? — preguntó con seguridad.

—No. No es Luis.

—¿Quién es entonces? —preguntó de nuevo sin que yo acabara la frase anterior.

—No es nadie.

—Katy me lo cuenta todo, Nora. Sé que hay otro hombre y parece que no te está haciendo bien.

—Bueno, algo pasa. Pero no tienes por qué preocuparte, papá.

—No me mientas, Nora. No me mientas.

—Se llama Víctor. Es militar y ... — era incapaz de seguir porque no sabía cuál iba a ser la reacción de mi padre.

—¿Y qué, Nora? ¡¡Acaba por Dios!! —me gritó mi padre, algo que nunca había hecho conmigo.

—Está casado. Víctor está casado —respondí mirándole a sus ojos grises.

—Nora, ¿cómo has podido hacer algo así? ¿Cómo te has dejado engañar así? — sus palabras no eran de reproche. Sonaron tristes, muy tristes.

Me abrazó y yo lloré sobre su hombro. No nos dijimos nada. Mi padre no quería verme sufrir. Lo sé. Me despedí y me fui para mi casa.

Ese lunes me levanté a ritmo de una llamada de un número desconocido.

—Buenos días.

—Buenos días, con Nora, por favor.

—Sí, soy yo.

—Hola, le llamamos de la promotora Innovassa. Después de ver su currículum y la trayectoria en el mundo inmobiliario nos gustaría tener una entrevista esta tarde con usted, si es posible.

—Claro, dígame la hora y allí estaré.

—A las cinco, ¿le parece bien?

—Perfecto, gracias.

Colgué el teléfono y me puse loca de contenta. Aunque aún no estaba contratada, era un gran paso para defender mi posición en aquella entrevista y conseguir que el empleo fuese mío.

Me preparé y le escribí a mi padre para contarle lo de la entrevista. Se puso muy contento y me levantó mucho más el ánimo diciéndome que yo iba a poder con ella seguro.

Me pasé el día súper nerviosa. Veinte minutos antes ya estaba en la puerta de aquel edificio esperando a que fuese la hora para subir.

Llegué hasta las oficinas y me recibió la recepcionista, y me llevó hasta el despacho del director general que me recibió muy simpáticamente y estuvimos charlando un buen rato.

Aquello no fue una entrevista al uso, sino un coloquio hablando sobre el tema inmobiliario. En esta empresa, se vendería sobre plano y se trabajaría desde esas oficinas sin necesidad de estar saliendo a la calle a captar viviendas o a enseñarlas.

Antes de terminar esa charla, me dijo que el puesto era mío y que me podía incorporar a primeros de mes. Eso quería decir que el lunes siguiente ya estaría trabajando. Me fui muy agradecida y volvería el viernes para firmar todos los contratos. Salí de allí muy feliz y comprendiendo que mi vida volvía a cobrar sentido.

Volví a mi casa loca de contenta. Curiosamente ese día no había recibido ningún mensaje de Víctor, pero estaba deseando que me pusiese alguno para contarle que ya estaba contratada.

Me puse cómoda y tenía ganas de tomar un café, relajada, así que una vez que me había cambiado, me preparé uno y, cuando miré el móvil, quise ver la última hora de conexión de Víctor y comprobé que estaba escribiendo.

Me quedé mirando un rato pero no enviaba la conversación cosa que me extrañó, entonces pensé que se había puesto a escribir y lo dejaría por algo y se había quedado aquello a modo que parecía que estaba haciéndolo.

Me puse a mirar el Facebook y a tomar el café relajada, de vez en cuando miraba el WhatsApp y seguía de la misma manera como si estuviera escribiendo, eso me ponía muy nerviosa.

De repente sonó el timbre de la puerta y pensé que era él para darme una sorpresa, estaba deseando decirle lo del nuevo empleo, pero al abrir la puerta comprobé que era mi padre que venía con un ramo de flores a felicitar me por el nuevo trabajo.

Estuvo un rato tomando un café conmigo y traía una cara de felicidad que era impresionante, me encantaba charlar con él ya que era muy comprensible y siempre tenía alguna palabra de cariño y apoyo hacia sus hijos.

Me despedí de él en la puerta con un fuerte abrazo y le prometí que el fin de semana pasaría por su casa a comer.

Volví hacia dentro y me tiré en el sofá a relajarme un poco ya que estaba muy nerviosa a la vez que feliz, cogí el móvil y descubrí que tenía un mensaje de Víctor y al abrirlo me quedé impactada ya que aquello más que un mensaje era una carta a los corintios, pensé que era de esos textos que se pasan de unos a otros para compartir, pero decidí leerlo para ver qué sé de qué se trataba.

***“No he tenido el valor desde esta mañana a contarte lo que ahora te voy a decir, hoy me he encontrado con la noticia que me tengo que ir urgencia pasado mañana para Somalia, estaba en alerta pero no sabía que fuiste a suceder por eso no te había comentado nada, me voy por 5 meses y no es justo que seas tú la que me tengas que***

***esperar ya que para eso lo tendrá que hacer mi mujer que realmente es a la que le repercute y tú no te mereces estar sufriendo por un hombre que no te puede dar la vida que te mereces, me va a costar mucho trabajo olvidarte pero debo de hacerlo para que tú también puedas conseguirlo, no es justo que me esperes, solo quiero decirte que eres lo mejor que me ha pasado en mi vida y que ojalá te hubiese conocido antes....”***

Continuará...

## ***Agradecimientos.***

Para todos los que disfrutáis con nosotros cada una de nuestras historias. Millones de gracias, sin vosotros nada de esto sería posible.

**Norah Carter — Monika Hoff — Patrick Norton.**